

Revista

CLAVE

Poesía

15

Cali Colombia, Julio de 2010

Revista
CLAVE
Poesía

www.revistadepoesiaclave.com

Julio de 2010 año 7 No 15
ISSN: 1794-2519

Directores José
Zuleta Ortiz
Rafael Escobar de Andreis

Consejo Editorial
Horacio Benavides
Rodrigo Escobar Holguín
Yolanda González
Armando Ibarra

Diagramación
Departamento de arte de Impresora Feriva S.A.

Dirección
Cra. 4b Oeste No. 1-31 Cali,
Colombia, Suramérica

Teléfono:
57 (2) 893 3971

E-mails:
revistadepoesiaclave@hotmail.com
redaccion@revistadepoesiaclave.com
Colaboración solicitada

CONTENIDO

MEMORIAS DEL X FESTIVAL INTERNACIONAL DE POESÍA DE CALI	5
Hugo Francisco Rivella	7
Alberto Rodríguez Tosca	11
Esmir Garcés	15
Patricia Iriarte	18
Hugo Jamioy Juagibioy	21
Sandra Uribe	24
Horacio Benavides	28
Jorge Eliécer Ordóñez Muñoz	33
Carlos Patiño Millán	37
Alfredo Vanín Romero	41
Walter Mondragón	46
Adela Guerrero Collazos	50
Ganadores del VI Concurso de Poesía Red de Bibliotecas Públicas Comunitarias de Cali	54
POESÍA Y TRADUCCIÓN	57
POETAS INVITADOS	97
Fernando Cruz Kronfly	99
Eugenio de Andrade	108
Carlos Castillo Quintero	111
ARTES POÉTICAS	117
ESPERANDO TUS OJOS	124
Relato José Zuleta	
CLAVE PARA NAVEGANTES	133

MEMORIAS DEL

Festival Internacional de
X POESÍA
de Cali



Madrid, foto José Zuleta



Hugo Francisco Rivella

Nació en Rosario de la Frontera, Salta, Argentina, en 1948. Su obra ha merecido importantes premios nacionales e internacionales.

Ha compuesto con músicos como Carmen Guzmán, Mario Díaz, Rubén Cruz, Ica Novo, Chato Díaz, Alberto Oviedo, Sergio Lacorte.

Fue Presidente del Encuentro de Música Popular y la Canción Inédita en Unquillo y uno de sus impulsores. Escribió los textos de *Los Ocultados*, Radio Nacional Córdoba, AM 750.

Participó en numerosos encuentros poéticos musicales. Ha publicado: *Algo de mi muerte*, *Agua de mis manos*, *Cristales en el río*, *Zona de otros días*, *Caballos en la Lluvia*; *Yo, el toro* (Todos libros de poemas).

Tiene alrededor de treinta libros inéditos, y en prensa un trabajo sobre cultura popular: *De gauchos y tradiciones*.

Moriré de caballos, de pedradas azules

Moriré de caballos, de pedradas azules,
con la patria en mis ojos y la flor enmohecida de todos los fracasos;
en Vallejo *trilceando* aguaceros temibles...
Cisneros con sus osos mordiendo catedrales,
Boccanera y *las bestias de todos los hoteles*.
Moriré de luciérnagas y el ruido de la lluvia sobre el techo de chapas de la casa en
mi pueblo, Salgari, Sandokán, Kanmamuri y los tughes en la *jungla más negra* de la
tierra:
Joseph Brodsky durmiendo con Donne y los halcones,
Ungaretti volviendo del mar de las serpientes,
la muchacha y sus pechos bordados en mi almohada y Nippur de Lagash galopando.
Moriré de Oesterheld, Eternauta del cielo, los gurbos delectando la voz del universo,
Francis Ponge y el verso desangrado en la piel memoriosa del cadáver del ángel.
Moriré de Almfuerte, muerto y vociferando, aunque el siglo lo encierre con hordas
homicidas, con los vales de Strauss y las zambas del Cuchi ardidadas en las siestas del
quebracho y las catas, los murales de Orozco, las manos de mi madre, el tapiz
memorioso de mi imaginera, Guayasamín, sus lunas de colores en la piel de sus
brazos. Moriré en los ausentes, los que no irán a verme, porque escarbo sus bofes
a puñalada limpia,
o irán a mi velorio a saber si estoy muerto, si huelo, si es cierto que en mi cabeza
rugen *tigres de arena*, que emana una vertiente de vinos, y en los ojos titilan sin
cesar espejos relucientes;
mi cadáver
irá como la vida
retozando.

La llamada

Si ahorita me llegara de lejos como un siempre tu perfume
o me llegara el ruido de tus piernas o tus pechos, amor, digo tus pechos,
el sueño de madera de la trampa, los ángeles del miedo, los fuegos de papel que
tiene el hambre,
si me llegara todo como un río o un barco con coltam o dinamita, el hollín de la
fábrica cerrada, el aroma de pan de un pueblo chico,
si me llegara el viento de Sonora, la curva de la recta en mi locura,
los códices antiguos del escriba con el secreto absurdo del olvido, los ojos del
blasfemo arrancados para pagar la culpa que no tiene, si me llegara dios como un
lamido,
como una espada ardida resistiendo.
Si ahorita o no sé qué ni lo quisiera porque todo me llega a puro estruendo,
me llegara la flor del duraznero como la nieve de un amor lejano, la carta de un
soldado en plena guerra, las hojas del aromo en aguacero,
si me llegara el mar con sus caballos su rosa desbocada entre los peces, un verso
de Guillén a ritmo negro, Bukowsky en Nueva York hecho una mierda,
si me llegara la muerte con sus trapos y los huecos del siglo en su osadura,
si me llegara ahorita una llamada y tu voz repitiendo que me amas,
si me llegara ahorita en el silencio, si me llegara, mi dios, si me llegara.

Caballo y brasa

a Jacobo Regen

El caballo es una brasa que tiritita.
Un pilpinto que vuelve por su cuello
como un collar por el que se deshoja la ternura.
En la brasa se mira como se mira el mundo
adentro de los días,
se reaviva en la lluvia igual que la ceniza que se moja
y se aturde con su propio galope.

La brasa es la memoria del espejo.
La llama agazapada entre los ojos.
Una flor de pétalos ardidos.

El caballo enfila hacia la brasa y
la atraviesa
y es el último cometa de la tierra.

Alberto Rodríguez Tosca



Poeta, ensayista y narrador. Ha publicado *Todas las jaurías del rey* (Premio David de Poesía, 1987), *Otros poemas* (Premio Nacional de la Crítica, 1992), *El viaje* (2003), *Escrito sobre el hielo* (2006). *Las derrotas*, su último libro, acaba de recibir el Premio Nacional de la Crítica, (2009). Sus poemas y cuentos han aparecido en antologías publicadas en Cuba, España, Argentina, México, Colombia, Venezuela, Puerto Rico, Austria, Italia y Estados Unidos. Estudió Dirección de Cine, Radio y Televisión en la Facultad de Medios Audiovisuales del Instituto Superior de Arte (ISA) de La Habana. Llegó a Bogotá en 1994 invitado al III Encuentro de Poetas Hispanoamericanos organizado por la revista *Ulrika*. Desde entonces reside en Colombia. Ha sido escritor y director de programas de radio, profesor universitario y editor general de varias publicaciones colombianas de periodismo cultural. Actualmente dicta clases en el Departamento de Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá y Talleres de Redacción en la Casa de Poesía Silva.

Las mejores mentes de mi generación

He visto las mejores mentes de mi generación desvanecidas en el aire como asustados cálamos a punto de caer. Las he visto, a su pesar, cayendo. Las he visto estrellarse contra un muro de ideas que antes se estrellaron contra un muro de gente. Las he visto izar banderas y quemarlas después. Aplaudir desenfrenadamente en sus tribunas y con el mismo desenfreno abominarlas luego en tribunas de otros. Las he visto lidiar sus más altos y más bajos instintos con la destreza de un banderillero que desafía el cuerno temeroso ante la mirada expectante del poder y la gloria. (Todavía escucho sus lánguidos aullidos batallando en la plaza). Las mejores mentes de mi generación quisieron cambiar el mundo con bombo y pandereta a una hora en que el mundo se cambiaba a sí mismo con saña y maldición. Sordomudas ante el paso del tiempo y de rodillas ante las broncas filípicas de los Padres de la Patria, las mejores mentes de mi generación dilapidaron en un grito todo el silencio que necesitarían después para salvar la patria de los padres. Hablaron, callaron. Gozaron, sufrieron. Ganaron, perdieron. Sangraron y con pequeños sorbos de absolución y olvido curaron sus heridas. Qué más decir de las mejores mentes de mi generación, sino que siguen siendo las mejores mentes de mi generación... hasta que nazcan otras.

Entonces yo me pregunto

No hay paz en la tumba de mi madre. Cada noche la escucho arrastrar sus viejas pantuflas de goma por toda la casa. Mientras camina, lava los platos, raspa el polvo, ordena mis camisas. A veces se detiene y dice: "Hijo, ¡cómo estás viejo!" Entonces yo me pregunto: "¿Por qué las madres se duelen de hallar envejecidos a sus hijos si jamás la edad de ellos alcanzará a la de ellas?" El alma en pena de mi madre recorre mi cuerpo con ojos que dan grima. Sus manos tiemblan, zurcen mis pantalones, juegan con los reptiles. El aire se refocila en los cristales y un aroma de pan recién horneado amansa los remolinos de la noche. Mi madre canta. Busca palabras que alivien con música las hendiduras de su propio corazón. A veces se detiene y dice: "¡Hijo, vuelve junto a tu padre, acaricia con lágrimas su pulmón herido; visita de vez en cuando a tus hermanos; llora en paz y sálvate, pero no te avergüences de haber salido de mi vientre escaldado!" La madre es fría y está cumplida. La mía intenta rescatarme de un despeñadero que cultivo con ganas. Me niego a abandonarlo. No quiero. No puedo. Se me hizo tarde para regresar a la casa materna y mucho menos a ese pleamar de cascabeles sucios que reclama mi cara para tatuar en ella un plano de los días en que fuimos felices. Mi madre tose, se le escapa el aire, lo deja ir con la inspirada resignación de quien escribe un salmo. Mientras camina, se mira en el espejo para verme soñar. Sueña conmigo. Nos soñamos. A veces se detiene y dice: "¡Hijo!" Entonces yo me pregunto...

Desayunos

Es sábado me despierto a las seis ya huele a desayuno por las rendijas de la ventana se filtra un aire negro que carga otros hedores pronto vendrán por mí los funcionarios de inmigración y todavía no decido dónde guardar tu foto me pregunto qué estará haciendo ahora mi padre allá en la isla seguramente duerme o sueña o se prepara para morir tan solo como lo dejé hace siete años acompañado de una soledad que ya lo acompañaba la radio es una ametralladora de malas noticias los periódicos otra y me pregunto qué habrá desayunado hoy el señor presidente hace frío a las seis y me despierto imaginando cosas cocodrilos que cantan serpientes que agonizan mujeres que huyen de mí como de un temblor o una epidemia ¡no huyan! les grito pero del otro lado una voz hermosa como gemido de sándalo les ordena correr desvanecerse entre la bruma para que yo no pueda retenerlas (no las retengo) a esta hora las prostitutas se retiran a dormir trabajaron con ganas les pegaron con ganas pero llegaron a la pieza con lo del desayuno huele a desayuno a las seis y me pregunto qué habrá desayunado hoy el capitán de corbeta y su señora buenos días mundo buenos días aguja de coser entra en mis ojos y hazme portador de una ceguera amable (ya vi lo suficiente gracias) si hay un jardín de las delicias no es mi jardín si hay una felicidad no es mía (perdonen la tristeza sucede cada tanto a las seis) me sirvo el primer trago mi desayuno que sabrá amargo como resina de eucalipto el próximo sabrá a sudores tuyos ahora confundidos con sudores de otro bajo qué sábanas te estarás despertando esta mañana amor mío.

Esmir Garcés

Algeciras, Huila, 1969.



Comunicador Social Comunitario (Unad). Director de la revista de poesía *Hojas Sueltas de Literatura*. Incluido en el programa de televisión nacional *Poetas Colombianos: Capítulo Nº 69, Señal Colombia*, 2000. Invitado al Programa Nacional de Itinerancias Artísticas por Colombia - Ruta Mutis del Ministerio de Cultura, 2008. Finalista en el Concurso Nacional de Poesía Ciudad de Bogotá, 2009. Ganador del Primer Concurso Nacional de Poesía, Universidad Industrial de Santander, 2009. Compilador de libro: *Consejo para la buena muerte: Panorama de poetas contemporáneos del suroccidente de Colombia*, 2009, Programa Nacional de Estímulos a Editoriales Regionales del Ministerio de Cultura. Autor de los libros de poemas *Todos los ríos*, 2006 y *El otro vuelo del cuervo*, 2009.

Primer vuelo

En la página en blanco, el cuervo tiene su propio mundo y no depende de la mano del poeta. Una estela de palabras hace temblar el aire. Nada detiene su mirada, el vacío tiene su propio vértigo. La gramática va trazando su vuelo. El tiempo es un árbol de sonidos y de palabras en el corazón del ave.

Con el pájaro llega el día, noticia de bosques cercanos y de una posible lluvia. Trae en sus entrañas el rocío de su canto y el vuelo fugaz de una estrella.

Cuervo dijo: "Vuela", y abrí los brazos, y el viento movió mis alas. Cuervo dijo: "Grazna", y mi boca expidió un horrible sonido. Cuervo dijo: "Ilumina los ojos", y mis pupilas se volvieron ruedas de fuego. Cuervo dijo: "Ama", y aprendí a despedirme de la muerte.

Para hacer volar a un cuervo, primero pienso en el aire. Un pequeño punto en el horizonte como un grano de trigo. Un punto es la nada, esa misma fuerza que hace abrir la almendra en la tierra. Y luego, doy paso a la imagen y nace de la cáscara el pájaro. Aletea como señal de vida, escapa de la misma palabra y su cuerpo flota entre el mar invisible. Nada sorprende al ave: grazna porque sabe que en las páginas siguientes habitan otras aves.

Todas las noches dibujo una jaula distinta, línea tras línea, barrotes tras barrotes. Este ejercicio lo sé de memoria, lo aprendí en la infancia con mis abuelos y lo perfeccioné en la escuela. Lo puedo repetir cuantas veces quiera. Me es fácil: poseo la destreza de encerrar los espacios, de asignarles sus colores y sus ambientes. Me ha parecido difícil que los cuervos vuelen dentro de ella.

El cuervo agita sus alas
para advertirnos que el mundo comienza en el aire.

Patricia Iriarte

Sincé, 1962



Nació en un lugar llamado Sincé, en el Caribe colombiano. Es Comunicadora Social por formación, periodista por oficio y escritora por vocación, pero también trabaja como editora, realizadora audiovisual y estudiosa de la cultura caribe.

Ha publicado tres libros de poemas: *Mal de amores* (1992), *Territorio de delirio* (1998) y *Libro de viaje* (2008), además de un *Manual para cubrir la guerra y la paz* (1999) y un reportaje biográfico titulado *Totó, nuestra diva descalza* (2004).

Quedó finalista en un concurso interamericano de cuento y ganó una beca nacional de creación del Ministerio de Cultura en el 2001, con el proyecto sobre Totó la Momposina. Sus poemas han sido traducidos al italiano y publicados en numerosas revistas y portales literarios, como *Badosa*, *Osservatorio Letterario*, *Arquitrave*, *El Cautivo*, *Puesto de Combate* y *Casa de Asterión*, entre otros.

También recibió la beca de creación audiovisual categoría documental, del Portafolio de Estímulos 2009 de la Secretaría de Cultura, Patrimonio y Turismo de Barranquilla.

Pequeña antología personal

EQUIPAJE

Cómo pesa, amor,
este equipaje de
regreso. Todo esto de
mí que había en ti.
Cómo pesa.

DE NUEVO, ADIÓS

Ya recogí mis pasos en tu aldea
y más allá de mi cuerpo
dejé el tuyo.

COMO UNA SOGA AL NÁUFRAGO

Apacentar mis sueños
a la sombra de tu acacia en flor,
aplacar la bestia del deseo
en tu manso abrevadero.

Imaginar la ruta
que elegirán tus manos
para hallarme.

Escudriñar el horizonte
como un marino ebrio
en busca de tus ojos: ese
faro
que me lanza su luz
como una sogá al náufrago.

Allá
adentro
un ventanal se
derrumba
sin un solo gemido
y cristales como agua
se deslizan sobre mis hombros.

(Intento detener el desastre de la entrega
después de darlo todo)

Hugo Jamioy Juagibioy



Nació en **Bëngbe Wáman Tabanók** (Nuestro Sagrado Lugar de Origen), ubicado en el Valle de Sibundoy, departamento del Putumayo, Colombia. Perteneció al **Pueblo Kamuenta Kabëng Kamëntsá Biyá** (Hombres de Aquí con Pensamiento y Lengua propia), conformado por unos 7.000 kabëng (de nosotros mismos) cuyas actividades principales son la agricultura y las artesanías (tejido, tallado en madera, instrumentos musicales). Grandes conocedores de la medicina tradicional kamëntsá. Ha publicado los libros de poesía *Mi Fuego* y *Mi Humo Mi Tierra y Mi Sol* (1999), y recientemente *No Somos Gente* (2001).

LOS PIES EN LA CABEZA

Siempre es bueno
tener los pies en la cabeza,
dice mi Taita,
para que tus pasos nunca sean ciegos.

SÓLO A ESE LUGAR DEBES IR

Presta bien atención, dice mi Taita;
debes llegar a la tierra
donde te esperan;

si alguna vez pisas lugares
sin que nadie te haya invitado
habrás violado la inocencia de esa tierra
porque es sagrada,
y te habrás sumergido
para envenenar el agua
que sólo a los que allí viven, baña;

te habrás inmiscuido
en lo que no te concierne.

TIMAATYZ ARKUNEY*, BROTE DE MI SANGRE

A mi hija

Aquel día caminé por el monte
Los leños viejos
escondían las orquídeas. En el cielo
sólo una
esperaba mi visita
para mostrarme en sus bellos colores
tus ojos.
Mas al fondo de la espesa montaña el
pájaro cantor decía:
ella, es el brote de una planta de esta tierra;
abónala,
para que mañana florezca.

* Madre de la Fertilidad de la Luna

Sandra Uribe

(Bogotá, 1972)



Arquitecta y Magíster en Estudios de la Cultura con Mención en Literatura Hispanoamericana. Ha publicado los libros de poesía *Uno & Dios* (1996), *Catálogo de fantasmas en orden crono-ilógico* (1997), *Sola sin tilde* (2003) y su edición bilingüe *Sola sin tilde – Orthography of solitude* (2008). Algunos de sus poemas han sido incluidos en las antologías *Vasos comunicantes* (1997), *Oscuro es el canto de la lluvia* (1997),

Inventario a contraluz (2001) y *Poemas a Dios* (2001), compiladas por Federico Díaz-Granados; igualmente, en *Quién es quién en la Poesía Colombiana* (1998) de Rogelio Echavarría, en *Todos los poemas son de amor* (2007), compilado por Rafael del Castillo, y en diversas publicaciones periódicas de circulación nacional e internacional. Ha sido premiada en diversos concursos literarios en el país y sus poemas han sido traducidos al inglés. Fue designada como Jurado del Premio de Poesía “Ciudad de Bogotá 2007”. Actualmente se desempeña como docente de Lengua Castellana y Literatura.

EMBARGO

He quedado endeudada
con todo el mundo

Vienen a mi habitación
a ver mis pertenencias
y me llevan a mí misma
-que soy lo único que tengo-

Ahora ya no tengo nada

TANTO POR CIENTO

He bajado en las encuestas de mi vida.
Las estadísticas indican un mínimo porcentaje de alegría
y un alto índice de miedo
que me dejan
peligrosamente
al margen de toda competencia
y ciento por ciento a favor de la muerte.

ORQUESTA CORPORAL

Los ojos cantan,
desenmascaran los latidos.
La garganta aloja las palabras y
el corazón las alimenta.
La memoria colecciona retazos de tiempo,
fotografías y frases sin cajón.
El hígado recibe de mala gana
las visitas del alcohol.
Los hombros giran
mostrando indiferencia.
Las manos pescan
caricias invisibles.
Los dedos extraen con sus pinzas el dolor y
señalan la ruta del miedo.
Los pies escriben el pasado.
Las piernas se ejercitan para recibir piropos
sin dar nada a cambio.
Las uñas dan de comer al odio
y pellizcan las paredes de la derrota.
Yo dejo que el cuerpo haga todo por mí.
Sólo me duelo,
me apago,
me dejo moldear por mis órganos
y espanto a mi alma.

PROPIEDAD HORIZONTAL

Él administra los males de mi corazón,
los dosifica
en módicas cuotas semanales
a intereses muy bajos.
Su salario es un beso cada tercer día y
un abrazo al desayuno.
A cambio,
él lleva un libro de contabilidad
completamente actualizado con mi estado civil y
mis promesas rotas
y elabora con agilidad las cuentas de cobro a mi tristeza
para hacer la retención en la fuente de mis lágrimas. De
vez en cuando aparecen saldos en rojo de alegría
y es porque hice sobregiros en el banco de algún parque
mientras me entretenía atrapando la voz de los pájaros
en el caracol de los sonidos.
Siempre hay inconvenientes cuando decidimos pasar
los libros y las actas al revisor fiscal,
nunca se sabe por qué faltan besos
en el inventario del olvido.

Horacio Benavides



Libros de poemas publicados: *Orígenes*, *Las cosas perdidas*, *Agua de la orilla*, *Sombra de agua*, *La aldea desvelada*, *Sin razón florecer* (Premio nacional de Poesía Instituto Distrital de Cultura de Bogotá, 2001), *Todo lugar para el desencuentro* (Premio nacional de Poesía Eduardo Cote Lamus, 2005), *De una a otra montaña* (Poesía reunida, Universidad Nacional de Colombia, 2008).

Ha publicado también dos libros de adivinanzas: *Agua pasó por aquí*, y *Ábrete grano pequeño*, y un libro de cuentos para niños: *En la carpa de un circo*.

Poemas suyos han sido publicados en varias antologías de la poesía colombiana.

UNA HOJA CRUZA LA VENTANA

Abre las ventanas
y airea nuestra casa
la hermana desconocida
Bella muchacha
de la que sólo oímos sus
pasos
Canta en otra parte
en tanto riega
el jardín de piedras Pasa
rozándonos
su frescura de agua
su íntima ausencia

DÉDALO DE HOJAS

Se levanta
con los ojos cerrados
y desciende
por la escalera de piedra
Cada objeto
guarda su distancia
en el mapa de su corazón ¿Es
el viento del bosque
el que avanza hacia ella
o la espuma tibia del mar? No
la llames por su nombre
No viertas sombra sobre el hilo
de migas de pan

SU LÁMPARA RUMORA EN OTRO RÍO

El gato
abre su paraguas y
desciende
por el agujero
de la noche
Rociado aún de estrellas
cierra la ventana
y enciende su lámpara
Su luz rumora
en otro río
El pez
que ondula en sus ojos
lo arriba al desierto
donde Venus aduna
gato y serpiente Quieto
en la arena
nos lanza su pregunta
Nos salva
el remo silencioso
de su lengua
en el astro de leche

LECHO SECO

Las piedras no olvidan
Rumora el río
tatuado en sus cinturas El
pardo y rojo otoño el
hondo bosque donde el
pez
frisa de amapola
su penumbra
La frescura de un cielo
que no acaba de pasar
Podríamos inclinarnos y
saciar nuestra sed
o sentarnos en la orilla
y soltar cuerda a nuestra alma
Mas alejémonos
el relámpago anuncia
el tropel de la crecida

Jorge Eliécer Ordóñez Muñoz

Cali, 1951



Nació en la ciudad de Cali (Colombia), en 1951. Estudió Filología e Idiomas y es Magíster en Literatura Hispanoamericana del Instituto Caro y Cuervo de Bogotá. En la actualidad es profesor de Literatura de la Universidad Pedagógica Tecnológica de Colombia, Uptc, Tunja. Cofundador de la Corporación Literaria “Si Mañana Despierto”. Ha publicado los libros: *Ciudad Menguante*, 1991; *Vuelta de Campana* (Premio Instituto de Cultura y Bellas Artes de Boyacá, 1994);

Brújula insomne, 1997; *Farallones*, 2000; *El puente de la luna*, 2004; *Desde el umbral, poesía colombiana en transición I y II* (Compilación y estudio introductorio), 2005 y 2009, *Exiliados del Arca*, 2008, *La fabula poética en Giovanni Quessep*, 1998 (premio Jorge Isaacs a la crítica literaria). Participó en el Festival Internacional de Poesía de Medellín, 2008.

SU RICATO

Para Pablo Montoya C.

Soy el guardián,
el que se alza sobre sus patas traseras
para advertir el asedio de los predadores.
Cuando el guepardo tensa su cuerda de carrera
con un solo gesto aviso a los míos
sobre su bella pero fatal presencia.
El aire sopla sobre mis flancos,
arroja sus briznas desde la pradera,
como un tambor de pregones
el mínimo instante del salto
alumbra en mi pupila, se convierte en miedo y
trata de paralizar toda mi sangre.
Pero soy el guardián, el rapsoda de la tribu, así
que emito mi sílaba sencilla
y todos los suricatos
con sus colas, como banderas de combate,
se esconden, obedientes, bajo tierra.

De: *Exiliados del Arca* (2008)

RINOCERON TE

Me llaman el fósil cuaternario
tanque de guerra
bestia gris de las praderas
el ciego arrecho que persigue a la hembra
el sordo que no escucha los obuses
y solitario cuida su cuerno
de furtivos cazadores

Si supieran los mitómanos
que apenas soy un ángel acorazado y sediento
recién salido del pantano

De: *Exiliados del Arca* (2008)

OLVIDOS

Olvidé amarrarme los zapatos, madre.

Tú me despedías sin besos, apenas una señal de cruz en el aire,
tan cerca del aljibe; ponías en mi siniestra una granadilla
y en mi maleta escolar un lápiz que olía a maderas ocultas,
aserrín de algún sueño que contaban los hermanos menores
Que te puedes caer, tú me decías.

¿Y cuántas veces me desplomé de bruces, de nalgas,
desamores?

Quise aprender tu lección, casi analfabeta,
pero el olvido fue mi yermo territorio.

Aún recuerdo que pintaste a Moisés separando las aguas
con tus rasgos menudos, casi con vergüenza
porque yo tenía el brazo entablillado, tal como ahora
el corazón, la vida, entablillados,
y mientras dormía en un laberinto de monstruos y temores tú,
bajo el mosquitero, intentabas curarme
con un aceite fétido de tuétano y lombrices.

Ahora, con esta voz que me sale a hurtadillas,
por entre matorrales de cemento y de niebla,
quiero decirte que tus pasos endebles, a causa de la artritis,
suenan con tanta fuerza en mi escalera de madera crujiente,
que ya puedes respirar tranquila: no me he vuelto a caer,
así lo espero. Cuando miro mis zapatos, como focas
invernando en un rincón de la buhardilla
no puedo menos que sonreír despacio y aspirar con ternura
ese aceite lejano de tuétano y lombrices.

Carlos Patiño Millán

Una infancia mejorada



Es un poeta, cuentista, periodista y profesor universitario nacido en Cali, Colombia en 1961. Es profesor asociado de la Escuela de Comunicación Social de la Universidad del Valle desde 1997. Dirige la revista *Entreartes* de la Facultad de Artes Integradas de la misma universidad.

Libros publicados

Canciones de los días líquidos (Poesía, 1992)

Tocando las puertas del cielo (Cuentos, 1996)

El jardín de los niños muertos (Poesía, 1998)

La tierra vista desde la luna (Poesía, 1999)

Más canciones sobre amor, odio y perros (Poesía, 2000)

El día en que le volé un dedo a David Gilmour (Prosas, 2001)

Estaba en llamas cuando me acosté (Poesía, 2002)

Inclínate ante la madera y la piedra (Cuentos, 2006)

Hotel Amén (Poesía, 2008).

Premios

Primer premio, III Concurso de Cuento, Secretaría de Educación, Cultura y Recreación, Medellín, 1990

Primer premio, Concurso Nacional de Cuento Fernando González, 1994

Finalista, Premio Nacional de Poesía de Colcultura, 1994

Primer premio, Concurso de Poesía Jorge Isaacs, Cali, 1998

Primer premio, Concurso Nacional de Poesía José Manuel Arango, 2004.

BAILAN DO, DESCALZ O

Esta cama: lienzo para tratar casos como el tuyo de los que se presentan cerca de tres cada cien años.

Esta ciudad: no es necesario nombrarla a cada instante.

Artista imaginario, compatriota de nadie, cuerpo silente.

Esta casa: sus cimientos serán destruidos y reconstruidos por legiones romanas.

Un hombre desnudo baila en plena plaza. En el suelo, la toga viril y la cordura.

VESTIGIOS DE FIESTAS DE FIN DE AÑO

Me siento tentado a hacerlo: señalar el camino a la cabaña con mi orina.

Te cuidas de no pisar las estrellas de mar, las botellas, las conchas afiladas, mis comentarios.

Hay una hoguera de risas y Juan y Claudia y Mauricio y Liliana corren a bañarse desnudos en la helada bandeja del agua.

Son casi las doce de la noche; recibiré enero tumbado en una hamaca, de espaldas a los movimientos de la arena.

BESOS DE DESPEDIDA A UNA MUERTA DE MI PROPIA SANGRE

Me dejó cantando: ayer, viva; hoy, bajo metros de tierra. Estuvimos juntos el verano, hasta ayer. La desgracia no la dejó cruzar la calle.

Puedo decir que el avión cayó en algún lugar del campo. Decir que son de plomo las alas de los ángeles que la sacan del sitio. Que su bicicleta escupía felicidad cada tarde. Puedo decir que el fulgor de su risa no se desvanecerá. Decir que aun el corazón más hostil acoge amor humano. Que su voz no se perderá entre las otras.

O que murió. Y que no hay más.

LA RUINA DE UNA PROMESA

Enderezar la vida, tanto como a un árbol. Lo que iba a ser, torcido. Una luz brillante, oscura.

Pronto vendrán las vacaciones, te veré. ¿Me enseñarás a volar? No seas malo, di que sí.

Lenta marcha hacia el suplicio. Quienes lo conocieron, voltean el rostro. Lo que iba a ser, árbol oscuro.

MUJER DESNUDA, DE PIE

Madre trajo un cadáver a casa. ¿Qué haces?, preguntó Padre. Madre me señaló y dijo: que él lo diga.

Hace unos años, esa mujer que yacía desnuda en la sala y yo fuimos amantes. Remonté ríos oscuros con ella; ahora su nombre ni siquiera era rasgo inquietante del pasado.

No veo a nadie ahí, dije. Homero difícilmente pudo ser ciego, contestó Madre. Padre abandonó la casa.

Salí al patio a cavar una tumba. No volvimos a mencionar el asunto.

Sobre ella, un árbol erguido. En la rama más corta, la promesa de unos frutos que ya reventarán. Dentro de las semillas, el silencio que susurra el viento.

Alfredo Vanín Romero

Colombia (1950)



Poeta, narrador, ensayista e investigador cultural. Su obra creativa abarca la poesía, la narrativa y el ensayo.

Algunas publicaciones

Poesía: *Cimarrón en la lluvia* (Centro de Publicaciones del Pacífico, Cali, 1991); *Islario* (Ediciones Pájaro del Agua, Cali, 1998); *Desarbolados* (Universidad del Valle, Colección Escala de Jacob, Cali, 2004); *Jornadas del tahúr* (Hoyos Editores, Manizales, 2005); *Los restos del vellocino de oro* (Hoyos Editores, Manizales, 2008; Antología (Biblioteca de autores afrocolombianos, Ministerio de Cultura, 2010).

Narrativa: *Viajes por la tierra y el cielo* (relatos, coautor con Nina S. de Friedemann), Editorial Planeta, Bogotá 1994; *El tapiz de la hidra* (relatos, Facultad de Humanidades, Universidad del Valle, Cali, 2003); *Otro naufragio para Julio* (novela, 2ª edición, Ediciones Pájaro del Agua); *Historias para reír o sorprenderse* (Panamericana Editores, 2005).

Ha publicado ensayos y artículos sueltos sobre la cultura del Litoral Pacífico colombiano.

Ha sido condecorado por el Congreso de Colombianistas y la Secretaría Distrital de Cultura y Turismo de Bogotá, invitado al Festival Internacional de Poesía de Medellín y al Festival Internacional de Poesía de La Habana, a la Feria del Libro de Guadalajara 2007 y al Festival del Imaginario de París 2008.

REPOSO DE LA AMANTE

Duerme a mi lado
con el pubis todavía húmedo
desnuda en esta casa sin puertas.
Los meteoros han seguido su curso
el mar es rojo
herido
por hechicerías.

Inundó mis ciudades olvidó
sus dioses
y nunca doblegó su boca.

Duerme a mi lado
como si descendiera
por última vez al paraíso.

DESEOS

Antiguas puertas del milenio, acaso adivinadas
cuando el viaje merecía el descanso entre las fauces del manantial de espinas,
bruscamente perversos,
cuando un vago cosquilleo delataba el deseo
y nos expulsaba hacia los reinos veleidosos donde en verdad
se dilataba el pulso y atardecía entre cavernas
en una inmensa dicha de marionetas y zafiros.
Tus elásticas piernas rodaban de través en las piedras
o sobre el humo de los dinosaurios, largos minutos
de girar en vano
sin hablar, sin angustiarnos por el niño rojo
que de pronto abriría tu garganta o acaso escondería tus pezones
ahora aferrados a mis dientes vencidos.
¿Acaso el planeta no escondía sus miedos calcinados, acaso
no palpitaba lentamente la colina y se moría en sus espasmos?
Fue un desquite entre olas que tenían de común el vaivén de los cuerpos
las guerreras manos enlazadas contra un árbol de acero y el grito
que finalmente supo a estropicio de navegaciones
como un velado cataclismo.
Y es todo lo que sé, lo que voy olvidando
en los cielos cerrados como los ojos de la diosa impúdica
que nos hacía guiños desde lejos
y reencarnaba en ti con su poder de mensajera.

PREGONES

El juego embelesado en sordina
no desmiente su última marea
sin predicar en el desierto ni en el reniego del marino que nace
con los ojos dolidos de resistir las fieras ánimas.
Allí, rey de barajas, te precedió andreas celarius
en las afueras del bandoneón donde solías maltratar al destino
con tantos sueños y despojos
en esa madrugada cambiante
enmohecidos por la lluvia del bar
cercados por los ángeles
en fuego de cerveza y ostras muertas
cuando sopla el halcón y las barcazas
recién purgadas de los astilleros
roen la destrucción del pez doliente
que ríe en paralelo
un poco al sur y goza en sus temblores
ayunado por hombres de barba oscura y remojada.

(Giran monedas falsas
tenues veleros de otras épocas
que encallarán también entre las dársenas).

Pero ya que el fantasma nos persigue
no se podrá ahuyentar tanta ceniza
al ritmo de las aguas vaciantes
consumidas en nombre de pío leyva.

BARCOS

Arruinan la noche con sus sirenas enfermizas
quizá sufren de amnesia o niegan sus orígenes
desde algún astillero predado por las furias
convencidos de la bondad de los fantasmas
tiernos en su mejor medida.

Sus viejos tripulantes salieron de sus vientres con paso de fumadores de ceniza
y ahora yacen mudos en los acantilados donde las ballenas suelen morir
con el peso de sus barbas desalentadas por el trepidar de los remeros
esos barcos sin muelles ni siquiera un fondeadero de cadáveres
sólo los alumbran ojos adolescentes
o víboras de mar que nunca dejan de trazar un sesgo
como el relámpago que en los caminos oscuros
desmiente tu pasado.

Walter Mondragón



Nació en Tuluá, Colombia. Ha publicado: *Luna de Día*, ediciones El Estropajo (1992); *Crónica de la Tierra Fácil*, libro de crónicas históricas, Gobernación del Valle del Cauca (1995). Ganador de la mención especial en el Concurso Cuento el Cuento (1988). *La memoria del agua*, poemas, Alcaldía de Tuluá (2004); *El Valle en el corazón*, ensayos y crónicas en colaboración con otros autores tulueños, Cámara de Comercio de Tuluá (2006); *Rebambaramba, Cien tankas y un hai kai*, dos de los cuales ganaron el Concurso de Poesía, Ecoloquia 2009, de Argentina, ediciones La memoria del agua (octubre de 2009). Estudió Comunicación Social en la Universidad del Valle, especializado en Enseñanza de la Literatura en la Universidad del Quindío, catedrático de la Universidad del Valle en las sedes de Tuluá y Zarzal y en la Universidad Antonio Nariño, sede Roldanillo. Creó y dirigió *Babel, papel de cultura*; que circuló en el centro del Valle del Cauca. Es cofundador de varios periódicos y publicaciones diversas de la región. Actualmente se desempeña como tallerista en el área de escritura.

“LA VIDA ES UN FENÓMENO PRESENTE SÓLO EN LA TIERRA”

Stephen William Hawking

Suficiente milagro haber nacido,
abrir los ojos,
habitar la tierra,
respirar al unísono con otros,
cortar la rosa azul de la mañana;
ser esta cosa que agoniza y canta, sentir
la densa atmósfera en los poros
la luz,
esa promesa de la aurora
que también será sombra.

Oír el viento,
la canción de natura que despierta y
sigue
su ritmo compulsivo.

Palpar la flor que se abre a los deseos,
asistir al suceso de la vida diversa.
¡Abracadabra!
Tengo poco, no ostento privilegio
distinto al de estar vivo en mitad de lo inerte.

Sé poco;
sólo que soy partícipe del don maravilloso
de ser en este instante, en este sitio.

Comparto con los otros la certidumbre
de saberme la chispa en el vacío,
un segundo en lo eterno
el hombre
el libre

criatura audaz
imposible posible
en el vasto universo presentido.

(La memoria del agua, octubre 2004, edición Grafiartes , Tuluá)

HAI KAI

L

Mango maduro:
carne blanda y dulce,
corazón duro.

POR EJEMPLO

“A las jóvenes abuelas de este pueblo”

Ella se levanta con el sol de la aurora A
alimentar el fuego en la cocina,
A espantar con su escoba el polvo de la casa, A
ver la calle mientras riega sus matas.
Las astromelias de la entrada
Echan sus flores como besos todo el año.
Trapea los pisos, brilla los muebles,
Oye la radio y polemiza sobre las noticias
Y todavía tiene tiempo para el baño diario Con
agua de mar y limón swinglia
Que le sirve para sus venas várices,
Y para peinarse ante el cristal de roca
Del preciado tocador de madera
“de ahora mil años” herencia de su madre,
que le costó cincuenta pesos a su padre
(junto a la cama que estrenaron la noche de la boda
en su estancia del campo).
Sale a la tienda
(domina el arte de estirar la plata)
Saluda a las vecinas,
Vuelve, alza el teléfono, sabe de la familia

O recibe visitas mientras hace el café
y lucha con las hormigas el azúcar.
Pone las ollas al fogón,
Prepara la comida,
Lava ropa, aplancha, repone algún botón, hace labores, Y
hace
y hace
y hace
y es una maquinita todo el día
hasta cuando la noche la sorprende
sin terminar de hacer lo que tenía...
Y entre protestas y rezos se acuesta
y luego duerme...
Hasta las dos o tres, cuando las ganas
De orinar la despiertan;
Lo cual le es excusa
Para seguir despierta orando
(..las cuentas de su camándula lucen tibias!) Y
esperar entre el triste miedo y la alegre esperanza
El nuevo día.

(Del libro inédito *Los visos en la arena*)

Adela Guerrero Collazos



Nació en Riosucio, Caldas, y reside en Cali. Es Licenciada en Educación y Filosofía de la Universidad Javeriana y la Universidad Santo Tomás. Es cofundadora y vicepresidenta de la Fundación de Poetas Vallecaucanos. Fue finalista del Concurso Mundial de Poesía Mística en Madrid, España los años 1997, 2005 y 2008. Ganó el Premio Nacional de Cuento otorgado por la Organización Internacional Nueva Acrópolis en 1991, el Gran Premio otorgado por Ediciones Embalaje en el 2005, el Primer Premio Poesía III del concurso Bonaventuriano en el 2007 y el Primer Premio en el concurso “El cuento más corto del verano” en Madrid, España en el 2008. Los libros que ha escrito son: *En la mañana de los pájaros* por Arte Color en 1997, *Orilla de Tiempo*, publicado por Beaumont Editores en el 2003 y *Desde mi ventana*, publicado por Ediciones Embalaje en el 2005. Es coautora de la colección de relatos de mujeres *Reflejos*, publicada por Beaumont Editores en el 2006, de *Cuando a mi puerta llegas* publicada por Univalle en el 2008, de la antología de cuentos *Las imposturas de Eros*, publicada en el 2009 por Editorial Lugar Común en Ottawa, Canadá.

A María, mi madre

Despierto
madrugada la
puerta
está
entreabierta
encendida
la
bombilla de la sala
oigo ruido
me levanto
es un hada
que
en la barca
formada
por
las
telas
pedalea
el
mañana
de sus hijos

TAN DENTRO DE MÍ, TU SINFONÍA

Vives en mí
desde aquella fracción del sueño
cuando tu voz estremeció el silencio, y
pronunciaste mi nombre
dejándolo grabado en tu Universo.

Desde entonces
me guías por senderos escabrosos,
deleitándome por saberte tan dentro de mí,
como mi sangre,
como la vida que me entregas
en el color de los cerezos,
como la sinfonía del agua cuando pasa por mi huerto.
Tan dentro Tú de mí
como mis hijos, como mi espíritu,
Arquitecto Divino.

Cuando a mi puerta llegas. Finalista Premio Mundial de Poesía Mística Fernando Rielo, España

RISA DE CIRUELO

Jamás olvido el ritual de la una de la tarde:
Un mantel blanco como de luz de azúcar
preparaba la llegada de papá;
mamá nos lo anunciaba.
Lo veo venir con azul o gris vestido,
de corbata.
zapatos como espejos.
De sus mejores abrazos, llenos los bolsillos,
y en su mirada como de sol naciente,
dibujadas largas horas de trabajo.
Mi padre, el de la entrega como de mar abierto,
el de los chistes de sabor a risa de ciruelos.
El que vimos hacer sus maletas de arco iris...
¡Mi padre, Ignacio!

Desde mi ventana. Gran Premio Ediciones Embalaje del Museo Rayo

Ganadores del VI Concurso de Poesía Red de Bibliotecas Públicas Comunitarias de Cali

CATEGORÍA MAYORES

Primer Puesto

Fernando Augusto Cajas Buitrago

EL PÁRAMO

Por los espejos del agua,
el árnica establece
los pabellones del rubí
El frailejón es el rey
del sol de las hogueras
y en la potestad del musgo el
colibrí se hace un titán
contra la nieve

Segundo Puesto

Carlos Alberto Méndez

CUANDO ESTÉS CONMIGO

Déjame entrar en tus ojos,
Déjame buscar
Un sueño que perdí buscando estrellas.

Déjame abrazar la tarde,
En tu regazo
En tu vibrante corazón alado.
Deja que me refugie,
En tus manos ,
En el profundo mar de tu mirada.

Deja que cada noche,
En cada sueño tuyo,
En tus parpados cerrados me quede dormido.

Tercer puesto
Raúl Alfonso Platicón

NÁUFRAGOS

(Fragmento)

En sueños han venido mis ancestros
sus recuerdos se arremolinan en mi memoria
como hojas al viento
como aguas profundas de los ríos de África y América
oigo sus tambores, su sonido me convoca.

POESÍA Y TRADUCCIÓN



París, Foto José Zuleta

D. H. Lawrence

Traducción: Rafael Cadenas

TRIUNFO

Me parece que durante cinco mil años por lo menos los
hombres han querido triunfar, triunfar, triunfar, triunfar
sobre sus semejantes, triunfar sobre obstáculos,
triunfar sobre el mal, hasta que ahora la palabra misma es asqueante,
no la podemos oír más.

Si miráramos en nuestros corazones, veríamos
que detestamos la idea del triunfo,
estamos hartos de eso.

VIDA PLENA

Un hombre no puede vivir plenamente si no muere y deja de preocuparse.
Deja de preocuparse.

UN HOMBRE

Lo que me importa en un hombre
es aquella inquebrantable chispa interior
donde es él mismo
intrépidamente.

Y todo lo que quiero es ver la chispa centellando
vívida y limpia.

Pero ¡ay! nuestra civilización
la aplasta sin piedad
y deja la viviente arcilla del hombre

Porque cuando la chispa es destruida en él
no puede evitar ser un esclavo, un esclavo con salario,
un esclavo del dinero.

Mark Strand

Versiones de Armando

Poeta de origen canadiense criado en varias ciudades estadounidenses, profesor de Literatura Inglesa y Literatura Comparada en la Universidad de Columbia en Nueva York. Autor de numerosos libros: *Man and Camel* (Knopf, 2006); *Blizzard of One* (1998), ganador del premio Pulitzer; *Dark Harbor* (1993); *The Continuous Life* (1990); *Selected Poems* (1980); *The Story of Our Lives* (1973); y *Reasons for Moving* (1968). Ha traducido a Rafael Alberti y a Carlos Drummond de Andrade.

POESÍA ALIMENTICIA

La tinta se chorrea por las comisuras de mis labios.
Nada se parece a esta felicidad.
He estado comiendo poesía.

La bibliotecaria no cree lo que ve.
Tiene una mirada triste
y camina con las manos en los bolsillos del vestido.

Los poemas se fueron.
La luz dejó de brillar.
Los perros están en las escaleras del sótano y
comienzan a trepar.

Los ojos desorbitados,
las patas doradas relucen como brochas.
La pobre bibliotecaria comienza a zapatear y a llorar.

No entiende.
Cuando me arrodillo y le chupo la mano,
grita.

Soy un hombre nuevo.
Le gruño y le ladro.
Me voy a jugar con qué gozo en la penumbra libresca.

EL HOMBRE Y EL CAMELLO

A punto de llegar a los cuarenta
me senté en el portal a echar humo
cuando de ninguna parte aparecieron
un hombre y un camello. Al comienzo ninguno dijo
nada, pero a medida que bajaban por la calle y se
alejaban del pueblo, comenzaron a cantar. Aunque
sus cantos todavía son un misterio: palabras
confusas y una melodía
demasiado adornada, de fácil olvido.
Se adentraron en el desierto
y a medida que se alejaban, sus voces
se elevaban al unísono sobre el sonido cribador
del viento lleno de arena. La maravilla de su canción, esa
mezcla escurridiza de hombre y camello, parecía una
representación ideal de todas las parejas singulares. ¿Sería
esta la noche por la que había esperado
tanto tiempo? Quería creer que así era,
pero en el preciso momento en que iban a desaparecer,
el hombre y el camello dejaron de cantar, y regresaron al pueblo
al galope. Se pararon frente al portal,
mirándome, y sin quitarme los ojos de encima, me dijeron:
“Lo echaste a perder. Lo echaste a perder para siempre”.

MI MADRE EN UNA NOCHE AL FINAL DEL VERANO

1

Cuando la luna sale
y unos cuantos establos resisten el azote del viento
en las cúpulas bajas de las colinas
y relucen con una luz
velada y polvosa
que flota sobre los campos,
mi madre, con el pelo recogido en una moña,
el rostro en las sombras, y el humo
del cigarrillo enroscándose cerca
del esplendor amarillento de su vestido desteñido,
se queda de pie al lado de la casa
y contempla la filtración de la luz tardía
que cae atravesando las juncias,
la mirada ahuyenta los últimos islotes
de nubes grises, y el viento
encrespa las cenizas del abrigo de la luna
sobre la bahía en sombras.

2

Pronto, las persianas cerradas de la casa
proyectarán el brillo de la lámpara
tendiendo pequeñas alfombras
dentro de la niebla, y la bahía

comenzará su ruidosa respiración agitada
y los pinos, florones de pináculo llenos de hilachas
que trepan las lomas, parecerá que pastan
los apagados rescoldos del cielo.
Y mi madre se quedará mirando los caminos de estrellas,
los interminables túneles del vacío,
y a medida que los contemple,
bajo el hechizo de las horas,
pensará en cómo las tempestades mudas del deterioro
nos doblegan todas las noches
y rasgan la carne desplegable,
y no sabrá por qué está aquí
o qué es lo que la mantiene prisionera
a no ser que sean los condicionamientos del amor
los que la metieron en esto.

3

Mi madre se retirará a sus aposentos y
los campos, las piedras desnudas
seguirán a la deriva en calma, criaturas mínimas
—el ratón y la lagartija— dormirán
en los extremos opuestos de la casa.
Sólo el grillo estará despierto,
repitiendo su única nota estridente
a las tablas podridas del portal,
a los anjeos oxidados, al aire, a la oscuridad sin estructura,
al mar que se resguarda dentro de sí.

¿Por qué mi madre debería despertar?
La tierra aún no es un jardín
que vayan a revolver. Las estrellas
todavía no son campanas que suenen
en la noche por los desaparecidos.
Es muy tarde.

LA LLEGADA DE LA LUZ

Aunque sea tan tarde, ocurre:
la llegada del amor, la llegada de la luz.
Te despiertas y las velas están encendidas
como si nadie las hubiera prendido,
las estrellas se congregan, los sueños se derraman en las almohadas
levantando tibios ramilletes de aire.
Aunque sea tan tarde los huesos del cuerpo brillan
y el polvo del porvenir estalla en el aliento.

SIN TÍTULO

Con respecto al poema "El primoroso", que cayó en tu bolsillo
y comienza así, "Todo el tiempo pienso en nosotros, los superhumanos,
el modo en que volamos por los alrededores diciendo:
"Hola, soy tal y tal, y ¿Quién eres tú?"

Han pasado años desde que hiciste el esfuerzo por leerlo. Pero ahora
en esta leve luz lavanda bajo la sombra de los pinos, la ocasión

pinta buena. El polvo de una pasión, lo único que queda al fondo de la página son las oscuras migajas de las imágenes. Y era hermosa, y el poema, pensaste en aquella ocasión, también.

La lavanda se vuelve ceniza. Las nubes desaparecen. ¿Ahora dónde está? ¿Y dónde está aquel muchacho que se paraba horas afuera de su casa, que aprendió demasiado tarde que algo siempre está a punto de ocurrir en el momento preciso en que no sirve para nada?

ME VA A EN CAN TAR EL SIGLO XXI

La cena se estaba enfriando. Los huéspedes, con la esperanza de tener encuentros comunes y casuales, impersonales y rápidos, yacían despatarrados en las habitaciones. Las papas estaban duras, los frijoles blandos, ¿y la carne? No había carne. El sol de invierno había dorado los olmos y las casas. Los venados bajaban por la carretera como refugiados; y en el camino de acceso, los gatos se calentaban sobre el capó de un automóvil. Entonces un hombre se volteó y me dijo:
“Aunque me encanta el pasado, la oscuridad que alberga, la pesadumbre que no nos enseña nada, la pérdida, todo el peso que no pregunta nada, me va a encantar el siglo XXI más, porque veo en él a alguien en bata de baño y sandalias, de ojos café y pobre, que camina por entre la nieve apenas dejando algo así como una pisada”.

“Ah”, le dije, colocándome la gorra, “Ah”.

EL MATRIMONIO

El viento llega de polos opuestos,
en un lento viaje.

Ella voltea en lo profundo del aire.
Él camina en las nubes.

Ella se alista,
se sacude el pelo,

se maquilla los ojos,
sonríe.

El sol calienta sus dientes,
con la punta de la lengua los humedece.

Él sacude el polvo de su traje y
se acomoda la corbata.

Él fuma.
Pronto se encontrarán.

El viento hace que se acerquen.
Se saludan.

Más cerca, más cerca.
Se abrazan.

Ella arregla una cama.
Él se quita los pantalones.

Se casan
y tienen un hijo.

El viento los lleva
por caminos diferentes.

El viento es fuerte, piensa él
a medida que se arregla la corbata.

Me gusta este viento, dice ella a
medida que se viste.

El viento se suelta.
El viento es todo para ellos.

EL NUEVO MANUAL DE POESÍA

- 1 Si un hombre entiende un poema,
se meterá en problemas.
- 2 Si un hombre convive con un poema,
morirá en soledad.
- 3 Si un hombre convive con dos poemas,
le será infiel a uno.
- 4 Si un hombre concibe un poema
tendrá un hijo menos.
- 5 Si un hombre concibe dos poemas,
tendrá dos hijos menos.
- 6 Si un hombre mientras escribe lleva puesta una corona,
será descubierto.
- 7 Si un hombre mientras escribe no lleva puesta una corona,
no engañará a nadie sino a sí mismo.
- 8 Si un hombre se enfada con un poema,
los hombres lo despreciarán.
- 9 Si un hombre sigue enfadado con un poema,
las mujeres lo despreciarán.
- 10 Si un hombre condena a la poesía en público,
se le llenarán los zapatos de orines.

- 11 Si un hombre renuncia a la poesía por el poder,
será poderoso.
- 12 Si un hombre alardea de sus poemas,
será el preferido de los tontos.
- 13 Si un hombre alardea de sus poemas y prefiere a los tontos,
no volverá a escribir.
- 14 Si un hombre anhela reconocimiento por sus poemas
será como un borrico bajo la luz de la luna.
- 15 Si un hombre escribe un poema y alaba el poema de un colega,
tendrá una hermosa amante.
- 16 Si un hombre escribe un poema y alaba en exceso el poema de un colega,
hará que su amante lo deje.
- 17 Si un hombre se apropia del poema de otro,
su corazón doblará en tamaño.
- 18 Si un hombre deja que su poema vaya desnudo,
le tendrá miedo a la muerte.
- 19 Si un hombre le tiene miedo a la muerte,
será salvado por sus poemas.
- 20 Si un hombre no le tiene miedo a la muerte,
puede que sus poemas lo salven, o no lo salven.
- 21 Si un hombre termina de escribir un poema,
se bañará en el rastro vacío de su pasión
y el papel en blanco lo besar.

TATSUJI MIYOSHI

(Japón, 1900-1964)

Poemas

Durante la Segunda Guerra Mundial, y después de ella, Miyoshi fue considerado poeta nacional, y sus poemas aparecían año tras año en los textos escolares, ya que su brevedad y belleza, tanto como su sencillez y profundidad, se adaptaban muy bien para la enseñanza escolar. En la actualidad, aunque sus libros se siguen imprimiendo y existe un premio nacional con su nombre, muchos autores contemporáneos lo consideran un poeta del pasado. Aparte de cultivar durante toda su vida la creación poética tanka y haiku, Miyoshi también se ocupó de la traducción de la poesía occidental, y a él se debe la versión en japonés de *Las flores del mal*, de Baudelaire. También tradujo y editó la extensa Antología de la Poesía China de la Dinastía Tang. En las dos últimas décadas su poesía ha sido traducida al inglés por Jeffrey Angles y Takako Lento, versiones en las que se han basado los traductores de la presente muestra en entrega exclusiva para la revista **Clave**.

Los traductores:

Irvin Ríos Gracia (Santa Marta, 1980). Músico y poeta. Se desempeña como docente de inglés. Hizo parte de los talleres literarios Castañeda Aragón, de la Universidad del Magdalena, de donde es egresado, y *Agua Regia*, taller que funcionó en la Biblioteca de Poesía Oscar Delgado del puerto samario.

Hernán vargascarreño (Zapatoca, 1960) Poeta, traductor y editor. Creó y dirigió en Santa Marta el programa nacional Poesía Mar Abierto (1991-2007). Dirige la revista de poesía *Exilio*. Se desempeña como docente y tallerista en promoción de lectura en Bogotá. En el 2008 coordinó el taller de poesía de la Casa de Poesía Silva. Libros publicados: *País íntimo* (2003) y sus traducciones al castellano *Almenas del tiempo*, de Edgar Lee Masters (2003) y *¿Quién mora en estas oscuridades?*, edición bilingüe de Emily Dickinson (2007).

Versiones al Castellano
de Irvin Ríos y Hernán Vargascarreño

THE SHORE OF THE SKY

*Where are you from, traveler from afar,
resting in treetops bared by the winter?
The treetops are lithe
in the haze, arching, rustling, whispering
crossing their swords on the shore of the sky I
look up and hear the distant sounds
Dry leaves are piled on fallen leaves
in the warm sunlight
hard buds have already formed
but those tight packages will unfold on their own
The midday wind pauses at the deep ends of valleys, under trees, over stones
being a traveler it coils around my clasped fingers
poised thus on the tip of my little finger to point to today's journey*

LA ORILLA DEL CIELO

¿De dónde vienes, viajero de las lejanías,
que descansas sobre los desnudos árboles de invierno?
Entre neblinas, flexibles las copas de los árboles
se arquean, crujen, susurran,
enfrentándose al clima en la orilla del cielo.
Miro las alturas y escucho los lejanos sonidos.
Las hojas secas se apilan sobre las caídas
bajo los agradables rayos de sol;
los resistentes capullos ya se han formado
y aquellos retoños pronto se abrirán.
El viento del mediodía se detiene en lo profundo de los valles,
bajo los árboles, sobre las rocas,
convertido en viajero que se enrosca a mis congelados dedos,
y se suspende en la punta de mi meñique
para indicarme así la ruta que hoy debo seguir.

VERSES ON A VILLAGE BREW

The day has ende

*The day has ended. Fill your
own sake-cup, the rest is all in vain
Sing to yourself your own verse
The moon will soon hang on the pines*

POEMAS AN TE UNA BEBIDA ALDEANA

El día ha declinado

El día ha declinado.
Llena tu taza de sakí, lo demás es vano.
Cántate tus poemas.
Pronto la luna flotará sobre los pinos.

THE SAKE-CUP IS SMALL

*The sake-cup is small, yet
in a world where many are deceitful
I trust only this companion of my evening
I know no other way*

LA TAZA DE SAKÍ ES PEQUEÑA

Aunque la taza de sakí es pequeña,
en un mundo donde muchos son falsos, sólo
confío en esta compañera de mi ocaso. No
conozco otra manera.

A POSTHUMOUS NAME

*A posthumous name can be whatever
it won't amount to a small cup of sake
so pronounced my master
I heed my master's words*

UNA FAMA PÓSTUMA

Una fama póstuma
le puede llegar a cualquiera,
no vale ni lo que cuesta una tacita de sakí.
Así decía mi maestro.
Y yo sigo las palabras de mi maestro.

A MURMUR ON MY PILLOW

In the middle of the night before a collection
of my poetry comes out solely
due to my limited talent

may my verse be
an inception

my house can
be flimsy

lost in each and every day
of my journey, incidental

verses of mine –
may they survive for just three days

they can be just a memento
of yesterday, today, and tomorrow

UN MURMULLO SOBRE MI ALMOHADA

En mitad de la noche ante una selección
de mi poesía que se revela únicamente
por mi falta de talento.

Mi poema
tal vez sea un intento

mi casa
quizá sea endeble

perdida en cada uno de los días
de mi trashumancia,

mis versos, fortuitos,
tal vez sobrevivan solo unos días

tal vez solo sean un recuerdo
del pasado, del presente, del futuro.

LAMB

*Lamb,
you prick up your ears to the blue of the sea,
leap over the surrounding fence
trot along the sand dunes, and romp with your shadow
My song is this morning's new-born lamb
blinking its eyes at the scent of the tides,
chasing after clouds that fly away*

CORDERO

Cordero,
afinas tu oído hacia el azul del mar,
saltas sobre la valla que te apresa,
trotas por las dunas y retozas con tu sombra.
Mi poema es un cordero recién nacido esta mañana:
parpadea ante el rastro de las mareas
y persigue nubes que se alejan.

SOFT HAIL FLUTTERS

*You were here looking up
at the pine branches where pine sparrows flit about
you were here resting on the withered grass
the grass remains, still withered
autumn has already come to an end
the winter sun seems so distant and small
on the trail in the valley of dark hills
soft hail comes fluttering
soft hail flutters*

ONDULA EL SILENCIOSO GRANIZO

Estabas aquí contemplando
las ramas del pino donde revolotean los gorriones.
Estabas aquí descansando sobre la hierba marchita.
La hierba aún sigue marchita.
El otoño apenas fenece y
el sol de invierno parece tan distante, tan pequeño.
En el sendero del valle de sombrías colinas, el
silencioso granizo se acerca ondulante;
ondula el silencioso granizo.

Sándor Kányádi

Traducido por

Rodrigo Escobar Holguín con Dániel Végh*

Nació en el seno de una familia campesina de Nagyalambfalva (hoy Porumbeni Mari, Rumania), un pequeño pueblo de Transilvania, en 1929. A los 21 años fue a estudiar a la universidad Bolyai (hoy Babe -Bolyai) en Kolozsvár (hoy Cluj-Napoca) donde se graduó en filosofía y se hizo docente de lengua y literatura húngaras.

Comenzó a publicar poesía en 1955, y ha ganado los premios más importantes de Hungría y de Rumania. El más reciente de éstos, hace pocas semanas en Bucarest, por su obra completa. Ha traducido al húngaro a poetas rumanos, alemanes, franceses, sajones y yiddish. Ha defendido los derechos de la minoría húngara en Rumania. Ha viajado por Europa y las Américas. Reside por tiempos en Budapest y en su cabaña de campo rumana.

En su poesía, de una recursiva y refinada frescura, en hondo contacto con la naturaleza, se revelan sus orígenes campesinos. En los temas históricos y políticos expresa, con un humor paradójico y profundo, las raíces universales de la injusticia. Hoy, a sus 90 años, es el decano de la poesía húngara.

Además de Dániel Végh y Vera Székács, debo un agradecimiento especial a Paul Sohar, poeta húngaro traductor de Kányádi al inglés, quien me envió los poemas en húngaro, su libro de traducciones *Dancing Embers*, y acompañó y apoyó este trabajo.

* En la versión impresa figuró por error Vera Székács

UN POEMA ES ALGO QUE SE TIENE QUE DECIR

Tal fue la respuesta de un escolar de aldea en una de mis giras rurales. ¿Qué es un poema? era la pregunta de él mismo, y me la lanzaba, dirigido obviamente por su maestro. Tomado por sorpresa se la devolví tal como un soldado en pánico devuelve la granada aún sin estallar.

—Bueno, ¿y qué piensas tú que es?

—Un poema es algo —y se colgaba de mis ojos buscando apoyo— que se *tiene* que decir.

La clase rompió en risas.

Solo nosotros dos quedamos algo encogidos.

Él un poco con la ligereza que uno siente tras lanzar el bumerán, pero a la vez agradecido por no haberme reído de él. Y yo porque este escolar pronunció con tanta claridad lo que yo desde hace mucho tiempo sospecho, creo y ando diciendo.

Un poema es algo que se tiene que decir.

Fue como si, desde el comienzo de los tiempos, una brisa viniera a refrescarme.

Como si, despertando de su sueño, Homero hubiera abierto sobre mí sus ojos ciegos pero llenos de luz.

Como si los poemas exiliados a los libros desde Gutenberg se hubieran levantado y vuelto a casa, para ponerse ante el podio o en la pantalla y cantaran marchando sobre la cinta o girando sobre el disco.

Como si Sándor Petöfi, nuestro poeta nacional, hubiera tomado asiento entre nosotros.

Un poema es algo que se tiene que decir.

INTERCAMBIO VERBAL

Yo te cargué sobre mi espalda
cuando te quedaste sin piernas, y
en lugar de darme las gracias lo
que hiciste fue echar alas

Me cargaste sobre tu espalda
cuando yo me quedé sin piernas, y
para no darte las gracias
lo que hice fue echar alas

CÉNTIMO

Una vez en el metro me dolí
de mi azada en las ramas del peral,
mordida por el óxido;
me detuve y tiré
diez céntimos al ciego
del acordeón, y al tintineo
de entre las ramas se alzó un grajo,
y en lo oscuro del túnel fue a perderse.

SOÑOLIENTA

La mar no está dormida
apenas cabecea como yegua

por veces sacude la cola
agitando las crines
la mar dormita
sobre sus patas como yegua
desde sus entreabiertos párpados
sigue blanqueando
el rotundo horizonte

HUMO

Ya de lejos denota el humo arraigo humano
desde la trasgresión de Prometeo
desde que se calienta,
cuece y asa, incendia, quema
e incinera, desde entonces la historia humana humea.

Leve humo azul de fuegos en la noche,
humo de pira, hoguera y crematorio
tiñen de ¿familiar? negro la bóveda
sostén del sol, la luna y las estrellas.

Fumo sentado en la colina y desde el valle se
encarama traslúcido el humo de las casas
sobre rayos de sol casi a nivel,
pero el inaguantable humo de sesos
agita mi memoria de sabores y olores.

¿Quemarán libros en alguna parte?

DESEO DE COMIENZOS DE OTOÑO

Los ánades y grullas
se insertan ya en el cielo; otoño
largo a los que quedan, buen viaje
a los que parten.

También las golondrinas se preparan, en
fila sobre el cable del telégrafo; buen
viaje a los que parten,
otoño largo a los que quedan.

Las sombras enflaquecen,
los arroyos se enfrían;
otoño largo a los que quedan,
buen viaje a los que parten. Los
venados echan lana,
el sol poniente bermejea; buen
viaje a los que parten, otoño largo
a los que quedan.

Flores vivas de siglos

Rodrigo Escobar Holguín

INTRODUCCIÓN

El conjunto de poemas presentado en este número y el anterior es apenas un indicador somero de la riqueza de la poesía china, que desborda con creces los límites de las antologías actualmente disponibles en español.

Las épocas más fructíferas para la poesía china han sido la inicial en que tomaron cuerpo el Libro de la Poesía y el Tao Te Ching; luego, la dinastía Tang, y la época contemporánea, caracterizada por la liberación de las antiguas formas. Hubo tiempos muy áridos para la poesía, cuando el genio creativo chino se desplazó a otros géneros: en la dinastía Yuan, hacia el teatro; en las épocas Ming y Ching, hacia la narrativa.

Los tiempos que le correspondió vivir a *Tao Yuanming* (¿370? – 427) fueron de los más turbulentos. El sur y el norte estaban en guerras continuas. El poeta se refugió en el monte Lu Shan, al sur de Jiujiang, un lugar privilegiado por las letras a través de los siglos, y alternó su dedicación a la agricultura y su trabajo en el gobierno. Fue mucho después de su muerte, en la dinastía Tang, cuando se le comenzó a reconocer como uno de los mayores poetas chinos.

Li Bai (701 – 762), con un talento natural que desbordó los límites y las condiciones del establecimiento literario de la época, estuvo a punto de ser condenado a muerte tras la revuelta de An Lushan, por haber acompañado a los rebeldes en un festivo viaje por el río Yangtzé desde Jiujiang, cerca del monte Lushan, hasta la desembocadura del río. Fue desterrado y luego perdonado; murió durante el viaje de regreso a la capital.

Wang Wei (699 – 762), contemporáneo de Li Bai, es uno de los pocos poetas que pasan con éxito por el sistema de exámenes imperiales. Como Tao Yuanming, pasará

su vida alternando entre la burocracia y su finca agrícola a unos cuarenta kilómetros de la capital. Después de quedar viudo a los treinta años, se dedica al budismo zen. Durante el levantamiento de An Lushan es capturado por los rebeldes; se finge sordo pero finalmente es obligado a trabajar para ellos. Luego es restituido al gobierno y finalmente muere en su estancia.

Aunque *Du Fu* (712-770) no llegó a pasar los exámenes, estuvo en puestos inferiores en la burocracia estatal. Durante la revuelta de An Lushan, y estando en la capital ocupada por los rebeldes, Du Fu quiso huir para unirse a la Corte Imperial, pero fue capturado y mantenido preso en Chang'an. Después logró escapar. Al final de su vida vivió por un tiempo en Changdu, y murió en un pequeño puerto sobre el Yangtzé, en una escala de viaje a la capital. Es un maestro del por entonces nuevo *ritmo regulado* según patrones tonales.

Han Shan –Montaña Fría– tuvo la desgracia de haber estado al servicio de un comerciante que decidió apoyar la rebelión de An Lushan. Por ello tuvo que huir y ocultarse toda su vida, al punto de que hoy se sabe muy poco de él, e incluso se discuten las fechas de su nacimiento y muerte. Sus poemas son los de un profundo y sensible zenbudista.

Igual que Wang Wei, *Bai Juyi* (772 – 846) pasó con gran éxito los exámenes imperiales. Más aún con los cargos administrativos, de los que a veces le apartaron los lutos familiares y los exilios causados por influjo de enemigos poderosos, llegó a ser prefecto de ciudades importantes como Hangzhou y Suzhou, y al llegar a la edad de retiro tuvo una pensión del estado. Desde sus inicios su poesía gozó de gran popularidad y fue el poeta Tang más célebre de su tiempo, no sólo en China sino también en Japón.

Jia Dao (779 – 843) fue monje budista y luego pasó el resto de su vida en Chang'an, la capital.

Li Yu (937 – 978) fue el último emperador Tang. Más poeta que político, fue depuesto y apresado por el segundo emperador Song. Sus poemas, que hasta allí

habían tratado del amor y del placer, tomaron entonces un sesgo de nostalgia y melancolía.

En la dinastía Song, *Su Shi* (1037 – 1101) se destaca en tres dimensiones de la historia china: se distinguió no sólo como poeta consumado del Ci –una forma que a nuestros ojos parecería por veces verso libre, pero que en realidad se ajustaba en forma estricta al ritmo y a la cantidad de una canción preexistente– sino como político y pintor.

Li Qingzhao (1081 – 1145) está sin duda entre las mayores poetisas chinas. Cultivó el género del Ci con un tono muy íntimo e intenso. Su vida transcurrió entre el destierro político y el desplazamiento forzado ante la invasión del norte por la etnia de los Jurchen, predecesores de los manchúes.

Wang Heqing (c. 1260) fue un maestro del género sanqu, una especie de Ci con una faceta humorística. Quedan de él apenas 23 poemas.

Guan Daosheng (1262 – 1319) fue poeta, calígrafa y pintora durante la dinastía mongol Yuan.

Gao Qi (1336-1374) es considerado el mayor poeta de la dinastía Ming. Gran amante de la poesía de las épocas Han, Wei y Tang, fue ejecutado injustamente a los 38 años de edad.

Gu Yanwu (1613-1682). Filólogo y geógrafo que vivió la caída de la dinastía Ming y los comienzos de la dinastía manchú Ching, a cuya burocracia nunca quiso incorporarse. Fue uno de los pocos poetas de esa época.

Duanmu Guoshu (1773 – 1837) fue otro de los escasos poetas de la dinastía Ching.

Xu Zhimo (1897 – 1931) estudió en Estados Unidos e Inglaterra. Fundador del grupo de la Luna Creciente, fue uno de los pioneros en el movimiento de modernización de la poesía china. Murió en un accidente de aviación.

Wen Yiduo (1899 – 1946) buscó modernizar la poesía sin renunciar a la herencia del pasado. Hizo parte del grupo Luna Creciente, que utilizaba los ritmos métricos. Murió asesinado.

Guo Lusheng (1948) Uno de los poetas del grupo Niebla, ha compartido los avatares de la persecución política comunes a sus integrantes.

Shu Ting (n. 1952) comenzó a publicar poemas en 1979. Ha sido premiada y perseguida. Hizo parte del grupo Niebla.

Yu Jian (n. 1954) es un poeta del sur, de Yunan, que ha comenzado a publicar en los años 80.

Hai Zi (1964 – 1989) después de graduarse de abogado, inició en 1980 labores docentes en la Universidad de Beijing. Se suicidó en 1989.

Excepto la de Shuting, estas versiones fueron inicialmente publicadas por el traductor en la página de internet del *Chinese History Forum*, en la sección de traducciones poéticas, acompañadas de versiones al inglés.

JIN

Tao Yuanming (¿370? – 427)

Volviendo al campo

Poco hecho a la vida de costumbre,
siempre amante de montes y colinas,
en la red mundanal caí por torpe,
y pasaron treinta años.
El ave sueña con el viejo bosque,
la perca añora las profundidades. Abrí
un terreno al sur, en la frontera,
volví al cultivo de un jardín y un campo.
Una finca de menos de una hectárea,
y una cabaña de ocho o nueve cuartos.
Sauces y olmos dan sombra al corredor del fondo;
enfrente durazneros y ciruelos conversan.
A lo lejos apenas se divisa una aldea;
se ve el humo detrás del cementerio.
Por profundos caminos ladran perros
y cantan gallos sobre las moreras.
En la puerta y el patio no hay polvo ni residuos; en
los cuartos vacíos hay sitio para el ocio.
Tras largo tiempo preso en una jaula,
vuelvo de nuevo a la naturaleza.

TANG

Li Bai (701 – 762)

Despedida en una taberna de Nankín

La brisa mece sauces florecidos,
la taberna se llena de su aroma.
La copera de Wu decanta el vino,
y motiva a los clientes a gustarlo.
Jóvenes de Nankín vienen a despedirme.
Quien parte y quienes quedan, vaciamos nuestras copas.
¿Preguntarás al agua que fluye hacia el Oriente
qué es más largo y más corto, entre el adiós y el río?

Du Fu (712-770) / 38

Desde el Mar del Sur

Desde el Mar del Sur
llegó un visitante,
y me dio la lágrima de
un huésped del río,

y había en esa perla
señales borrosas;
quise descifrar
qué significaban.

Y en un cofrecito
de bambú con sello la
guardé esperando
pagar los impuestos;

al tiempo de abrirla
se había vuelto sangre...
¡Ay! ¡Ahora no tengo
ninguna otra cosa!

HAN SHAN (FECHAS INCIERTAS)

Sin Título

A los treinta, después de viajes de mil millas,
por prados verdes, ríos, yermos de polvo rojo,
buscando en vano pócimas que dieran vida eterna,
tras estudiar en libros y cantares de historias,
hoy vuelvo una vez más a la Montaña Fría,
a gozar el arroyo, bien limpios los oídos.

Bai Juyi (772 – 846)

Hierbas

La hierba va cubriendo la llanura.
Se seca un año y al otro florece.

Los incendios la queman, no la extinguen.
Vive de nuevo al viento en primavera.
Su olor lejano invade antiguas sendas.
Su verdor llega a ciudades en ruinas.
Veo irse otra vez al noble amigo.
Todo se llena de un sentir de adioses.

Pernoctando en Xingyang

Junto a esta población de Xingyang he crecido.
Aún niño salí cantando de mi aldea.
Cuarenta largos años han pasado,
hasta hoy que de nuevo en Xing Yang anochezco.
Cuando me fui tendría unos once o doce años, y
ya cincuenta y seis cumplo muy pronto.
Al recordar el tiempo de mi infancia
todo surge de nuevo ante mis ojos.
Las casas viejas desaparecieron;
ya nadie hay de los míos en el pueblo.
Cómo es posible que esto sea un mercado,
que la loma sea llano, que el llano sea monte.
Sólo los ríos Chen y Wei aún fluyen
impasibles y verdes como entonces.

SONG

Li Qingzhao (1081 – 1145)

A un son lentísimo

Busco, indago
busco, indago
Frío, frío—
puro, puro.
Hielo, hielo— duele, duele
pena, pena.

Calor de repente
El frío regresa Lograr
un descanso es lo
más difícil.

¿Cómo puede un par
o incluso tres copas
de cálido vino
paliar el viento frío
que a media noche llega?

Pasa un ganso salvaje,
un amigo de antaño
y el pecho se quiebra.

Crisantemos marchitos
se apilan en tierra.

¿A quién le provoca
alzar esas flores?

Junto a la ventana,
¿cómo hasta la noche
resistir tan sola?

Cae la llovizna
golpeando las hojas
de la firmiana.

Tristeza— apenas
una palabra, ¿acaso
basta?

YUAN

Wang Heqing (c. 1260)

Canción de la gran mariposa

Al romper las cigarras el sueño de Chuang Tzu,
dos alas se entregaron a la brisa de Oriente,
y trescientos famosos
parques alzaron vuelo.
Era de estilo tan romántico
como fragancia que buscara abejas.
Su batir suave y tan ligero
refrescó a la florista sobre el puente del Este.

YUAN-MING

Gao Qi (1336-1374)

Uno de nueve poemas sobre flores de ciruelo

La belleza no quiere sino ambientes de jade.
¿Quién querría llevarte lejos, al sur del río? Los
ermitaños viven en montañas nevadas,
las bellezas en bosques a la luz de la luna. Casi
helado, el escaso bambú susurra en duelo.
Primavera sorprende la fragancia del musgo. Si
yo me fuera, ¿quién te cantaría?
¿Regresará y lo hará el viento del Este?

CHING

Gùyánwu (1613-1682) /37 /

El pájaro Jingwe

Hay tantas injusticias,
¿por qué sufrir en vano?
No cesará este ser pequeño
de llevar ramas en el pico. Quiere
llenar el Mar de Oriente. No va a
parar así se hunda. Aunque el mar
no se colme nunca no cejará mi
corazón.

¡Uh, huy! ¿No ves en la colina Oeste tantas
aves llevando ramas?
Anidan donde antes vivieran las alondras.

REPÚBLICA

Wen Yiduo (1899 – 1946)

Acaso

Canto de duelo

Acaso estés de veras cansada de llorar
Acaso necesites dormir
Que callen los ruiseñores,
Que no croen las ranas, ni vuelen los murciélagos.

Que no te hiera el sol los párpados
Que la brisa no te roce las cejas,
Que nadie te despierte.
Que proteja tu sueño la sombrilla de los pinos.

Acaso sentirás lombrices torciéndose en el cieno
y las raíces de las yerbecillas absorbiendo el agua. Y
acaso te parezca esta música
Mis bella que la voz humana que maldice.

Cierra, entonces, los ojos
Te dejaré dormir, te dejaré dormir.
Te cubro poco a poco de tierra.
Y quemo poco a poco lingotes de papel.

Yu Jian (n. 1954)

109

Ginsberg murió en su patria.
Patria no creo que tenga.
Para estar más seguro de su muerte me
compro –cosa rara- un vespertino.
Su aullido hace diez años en medio de este mundo
convocaba a las rojas máquinas de bomberos. Aquí
aparece muerto, en la página cuarta,
y su muerte y su duelo
no ocupan más de quince líneas.

POETAS INVITADOS

Fernando Cruz Kronfly
Eugenio de Andrade
Carlos Castillo



París, Foto José Zuleta

Poemas de Fernando Cruz Kronfly

nació en la ciudad de Buga el 8 de abril de 1943. Es doctor en Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad La Gran Colombia de Bogotá. En 1996 la Universidad del Valle le concedió el Doctorado Honoris Causa en Literatura y la distinción de Maestro de Juventudes.

Fue Jefe del Departamento de Literatura e Idiomas, Universidad Santiago de Cali (1970-1972), Director de la Revista *Fin de Siglo*, editada por la Universidad del Valle durante sus primeros cuatro números.

Fue profesor de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Santiago de Cali desde el año 1970 a 1977 y de la Universidad Libre de Colombia, Seccional Cali hasta la década del noventa. Sus libros han sido traducidos al francés y al ucraniano.

Ha viajado por los Estados Unidos de Norteamérica, Venezuela, México, Brasil, Argentina, España, Alemania, Dinamarca, Marruecos, Canadá, Francia, Portugal, Ecuador y Chile dando a conocer su obra.

Cuántas veces este hombre que todavía soy
Abandonó a sus perros para descender a los establos profundos.
Pasaban vientos tan helados como húmedos,
Envueltos en hojas marchitas de cigarras quemadas.
Escuchaba el vaho de las vacas en las canoas de ciprés
La cumbamba del pensamiento en el cuenco encenizado de la mano.
De tanto olor a forraje al final se partía algo dentro de mí,
Haga de cuenta ronquido de vidrio,
Ramas de laurel congeladas,
Cáscaras de culebra.
Estas vacas me aman -me decía.
Iba donde dormían los terneros extendidos como pieles de colores en el aserrín.
Oía con el viento la queja de los techos de hojalata,
Pisoteaba hasta el amanecer los suelos cubiertos de helecho,
Olfateaba los biberones recién hervidos.
Regresaba encorvado al establo donde ocurrían los nacimientos.
Cuando el sol ya iba lejos, mi mujer asomaba a la baranda con una taza de café.
Mientras yo la bebía cabizbajo ella pasaba de un lado al otro la camándula.
En aquel entonces todavía tenía confianza en mi recuperación.

En presencia de los ojos de los caballos me sentía como delante de empozadas series de espejos.
En aquel entonces no tocaba guitarra ni ofrecía serenatas a las víctimas del desasosiego.
Huían de mí las palabras, me azotaba contra los muros de la pesebrera.
Al entrar la noche salía al trote para llenarme de aire.
Luego regresaba con algo de pasto en el hombro.
Delante de las yeguas que daban a chupar su leche a los potros caía dormido.
Con los días me despertaba.
A la sombra del páramo solía putear el mundo arrodillado en una banca
Que cierta vez fabriqué con los restos de una canoa en ruinas.
Ponía la cara contra el viento para saber de dónde venía, para dónde iba.
La niebla de marzo devoraba mis sienes,
Escuchaba sus dentelladas mientras comía mandarinas.
Oía caer a la tierra esponjosa los limones del pequeño árbol que creció en la orfandad,
Envuelto en la ráfaga que los domingos subía del lago.
Yo formaba parte de aquel mundo desaparecido
Que sólo he podido volver a observar en fotografías desvanecidas, en el carbón apagado.
Parecía hijo de la humedad a solas, del destierro de mis abuelos,
De las nieblas que al amanecer desaparecían la carretera,
Los techos de mi aldea, hasta mi sombrero.
En vez de ir a la tienda me quedaba a patear el empedrado con los tacones
Igual que los caballos de los que vivía enamorado lo hacían con sus herraduras. No ofrecía serenatas pero vivía de la obsesión de imitar sus relinchos bajando con un tarro de hojalata hacia la bananera.
Me detenía durante semanas a observar aquellas colas como de plumas
Con las que azotaban los tábanos en el aire helado de la mañana.

Susana se atrevió a decir cierto día en uno de sus desquites que de muchacho fui un loco.

Pronto olvidé el incidente y la lealtad aplastó de nuevo la arena ardiente, la cebada por el tiempo quemada.

Apago la boquilla de la estufa encendida a la deriva.

Me hago a un costado de la ciénaga.

Susana lo olvida todo, se encuentra en grave peligro de sí misma.

La ráfaga que entra por la ventana en pedazos desciende por mi ropa.

Las arrugas en el paño desaparecen.

Se pone en marcha de pronto el motor que impulsa el refrigerador. Abro

la portezuela, miro adentro con el mismo terror de todos los días. Una

luz mortecina brota de los compartimentos,

Se derrama en el piso amarillo.

Descubro entre la niebla una bandeja con piezas de animales tasajeados.

De la nave de arriba penden gotas de hielo sangrantes

Detenidas a mitad de camino.

Veo lechugas, berenjenas, tomates en el cajón intermedio que se pierde en el abismo.

De los muros se apodera un color violeta.

Dos bolsas de leche se derraman

Encima de una bandeja de tahini de garbanzo de hace algunos años.

Del muro de la cocina cuelga un calendario que jamás antes vi.

En la página que corresponde al mes de marzo asoma un caballo a galope tendido.

Detrás del animal sube un arrume de polvo color ceniza.

Hay piedras negras en el campo que el caballo recorre, hierba azafranada.

Decenas de árboles se mecen encima de una pequeña cabaña de techos de madera.

Un gallo rojo canta en la tranquera.
Alcanzo a ver el humo de una quema a lo lejos.
Sentado a la puerta de la cabaña el anciano envuelve un pedazo de pellejo de
becerro.
Huyo de la aterradora mirada,
Me abrazo a los cubos de hielo que sobreviven en el vaso.
Desde el descanso de la escalera
Susana me mira desconsolada abrazada a la camándula.
Empiezo a caminar rumbo a la carreta de mano donde duerme Susana.
Es domingo y tengo prohibido ir a ofrecer serenatas.
Ella descansa tranquila con la boca en tinieblas
Mientras yo la ventilo con la cola de un pavo.
El aparato de televisión que la terminó de dormir ilumina apenas la penumbra.
Opacos colores se reflejan en el muro
donde día por día Susana ha venido dejando por pedazos sus uñas.
Hasta el lugar donde me encuentro llegan perfumes de polvos
Para el espléndido cuerpo que un día hubo allí.
Parece que Susana no hace mucho estuvo cantando en la ducha.
En sus momentos alegres ella me sugiere canciones
para la serenata que le he prometido.
Siempre que permanezco más de un año en esta casa debo llenarme de
paciencia.
Susana requiere de pedazos de sueño cuando no he ido al trabajo.
Ella suele hablar a solas pero todavía no la escucho.
En el antejardín vecino un perro se desgarró.
Alguien desconocido ha venido a tocar la campana bajo el portal.
Por la ventana en pedazos le hago gestos de que nada de nada.
Cada minuto que pasa observo los palos del reloj para saber por dónde voy.
Veo arriba de mi cabeza la sombra de la jaula de los canarios

que Susana no ha cubierto todavía con la sábana de los muertos.
Corro a la cocina para servirme un vaso con pedazos de hielo.
Prometo no mirar el calendario de marzo en el muro.
De paso por el comedor veo el álbum de reojo.
Allí hacen tumulto las fotografías desvanecidas por las que he venido.
Voy a la estantería y me sirvo otra copa de brandy,
del mismo que papá estuvo bebiendo la noche que partió.
Desde este lugar escucho mejor cuanto está aconteciendo en el aposento de
Susana contiguo a la platanera.
Mi viejo Pontiac, afuera, ha empezado a cubrirse de escarcha.

Tomo asiento a la orilla de la cuneta en el patio de las bifloras.
He llegado al amanecer, mi boca huele a alcohol, a labio de mujer.
El mueble en que me he sentado fue forrado hace años en pellejo de cabra
Pero aún perfuma a sangre sacrificial.
Si acaso Susana duerme no es mi deber despertarla.
Ya lo harán las gallinas.
Pronto abrirá las pestañas y correrá a hervir café.
Se acurrucará a llorar encima de la leña, así son sus madrugadas.
Luego encenderá la radio para escuchar las noticias y saber si al fin me mataron.
Mientras Susana despierta,
Tal vez pueda oír el canto del pajarraco que algún día se la llevará no sé dónde.
Lo único cierto es que se la llevará.
Debo dar muerte al pajarraco en silencio sin que Susana lo sepa.
Luego desayunaremos, cada uno de los dos del otro lado del periódico.
Hablabamos hasta llegar la noche, cada quien recostado en la sombra del otro.
Cuando ella se duerma de nuevo la llevaré a su lecho en la carreta de mano, En
puntillas me marcharé a recorrer el mundo.
Vivo de cantar serenatas y ya va llegando el tiempo de sentirme cansado.

Al amparo de una lámpara vacía acabo de abandonar mi Pontiac color plomo.
Papá andaba en él como sobre un caballo de cascos de goma,
Pero al morir no tuvo a nadie más en quien depositarlo.
Mi única obligación fue darle a beber gasolina a partir de aquel día.
Me detengo en el antejardín.
Vengo de nuevo oliendo a cerveza, a pellejo de mujer, a labios que hace poco
dijeron adiós.
Debajo del brazo traigo media guitarra,
La otra mitad debió quedarse en la cantina en garantía del pago de una cuenta de
brandy.
Ahora las meretrices sólo chupan brandy como leche sombría.
Veo insectos volar alrededor de la poderosa bombilla que da sentido a la calle. El
pedazo de guitarra que traigo conmigo es la prueba de todo lo contrario de
cuanto hice.
Creo estar escuchando el canto del pajarraco que le tiene el ojo puesto a Susana.
Si no fuera una bruja, diría que lo que veo en el caballete es la quijada del animal
que se saborea.
Escucho el ruido de la tierra a mis pies,
Su ronquido en el borde de mis botas de mariachi.
Susana me desea en sus brazos mucho más de lo debido cuando vengo así
disfrazado.
Estoy informado de que el ruido que escucho
Es de babosas que ruedan bajo las violetas en el antejardín.
Pronto saldrá el sol y comenzarán a poblar la carretera otros animales.

Geranios de diferentes floraciones
Cuelgan de materos degollados por el hacha de la chusma sombría.
La casa donde me encuentro no es la misma por la que he venido trotando por la
carretera.

Begonias sembradas en tarros de colores adornan la masacre.
Margaritas cerca de las cunetas ensangrentadas,
Anturios quemados del color de la estufa violeta, vajillas incineradas.
Los cartuchos que dejó la matanza lagrimean todavía encima de las piedras.
Escucho en la lejanía el hervor de la espuma en la quijada de los cadáveres
Que flotan entre los juncos cuando crecen a la orilla del río.
Nací en un país criminal, eso es todo.
Como a una loca lo amo.
Rosas, agapantos ahogados en la promesa de mejores días
Que Susana esperó conmigo, sentados los dos al pie de la ventana que nunca
llegó.
Ya estamos viejos, desde las bancas del parque se escucha nuestro ahogo. Las
fotografías que observo acaban de llegar de no sé dónde.
Pretenden empujar las otras que en este instante parten rumbo al olvido.
Nuestros hijos toman demasiadas fotografías en el parque no sé para qué.
El álbum de Susana por primera vez se tambalea en el precipicio de la mesa
Donde a veces nos sentamos a leer el periódico delante de una pechuga
de paloma.

Una vez más Susana humilla la cabeza doblada sobre sí misma.
No hace más que leer, armada de una lupa,
Las líneas cruzadas del destino en sus manos.
Se ha propuesto llevar a cabo otra vez el balance de su recorrido en mi compañía
Para ver si entre el pajar encuentra una perla.
No sabe dónde lo que alguna vez soñó se volvió ripio,
En qué lugar de la carretera cubierta de ceniza todo se torció para siempre.
Para dar a conocer sus inquietudes,
Expone a la luz de la pantalla las palmas de ambas manos cuarteadas.
Escucho el inútil “chaz-chaz” de sus dedos.

La imagen que estoy viendo clausura el derrumbe de la casa que busco,
Lugar que no es el mismo donde ahora me encuentro.
He fracasado.
Tantos restos veo reunidos que no sé por dónde empezar a desatar el candado
Que brota de la tierra sombría.
La página del álbum que me es ofrecida flota en vano encima de la mesa
Que reúne el naufragio,
Al pie de residuos de berenjenas ya heladas, de garbanzos como pedazos de
Granizo encendido.
Veo goterones de grasa demasiado oscura en el caldo.
La ráfaga que entra por el ventanal caído
Arrecia hasta tornarse una amenaza.
La materia jamás tuvo piedad con nadie,
No vale la pena repetirlo.
Observo flamear la cabellera blanca de Susana ya bastante lejana,
Su chal aguamarina dar gualdrapazos contra el espaldar de su última silla.
Escucho en la lejanía el pito del vigilante que trota alarmado hacia la enfermería.
Al amanecer,
Las cosas ya no serán más las mismas que hasta hoy fueron.

Eugenio de Andrade

Publicó al menos 27 volúmenes de su poesía y su obra ha sido traducida a más de 20 idiomas..

Andrade está considerado por muchos como la voz más fértil y uno de los poetas lusos, después de Pessoa, más universales de las últimas décadas.

Tiene una fundación en Oporto que lleva su nombre. Su escritor favorito era el Premio Nobel, José Saramago, con quien compartía además activismo político comprometido con la izquierda y contra toda forma de represión. Murió el 2005 en Oporto, tras una larga enfermedad, a la edad de 82 años.

ACERCA LA BOCA

Acerca la boca al manantial:
que no te importe
si es silencio sólo
lo que llega a tus oídos:
es música también. Trata una vez más
de levantar la mano hasta la respiración
de la primera estrella,
la pupila atenta
al rumor de cada sílaba:
no tienes otro país, no tienes
otro cielo.
Con la boca, con los ojos,
con los dedos
procura tocar la tierra llena
de tu corazón.
Otra vez.

AHORA LAS PALABRAS

Me obedecen ahora mucho menos
las palabras. Rezongan
por todo, no hacen
caso de lo que les digo,
no respetan mi edad.
Probablemente se hartaron de las riendas,
no me perdonan
la mano rigurosa, la indiferencia
por el fuego de artificio.
Me gustan, nunca he tenido

otra pasión, y durante muchos años
ellas también me quisieron: bailaban a
mi alrededor cuando las encontraba.
Con ellas hacía lumbre,
soportaba mis días, pero ahora
están ariscas, se me escapan de entre
los dedos, se burlan
si intento retenerlas. ¿O será que
ya sólo busco las más encabritadas?

NO SE APRENDE

No se aprende gran cosa con la edad.
Tal vez a ser más sencillo,
a escribir con menos adjetivos.
Me detengo a escuchar un ruido.
Puede ser el preludio tímido aún
del canto de un pájaro, una gota
de agua en el grifo mal cerrado,
el anuncio del tan amado aroma
de las primeras lilas.
Sea lo que sea, es lo que me retiene
aquí, me sostiene, me impide ser
cualquier vibración de la cal,
simple acorde solar, un nudo
de luz negra a punto de estallar.

Carlos Castillo Quintero

(Miraflores, Boyacá, 1966)

Narrador, poeta y editor colombiano. Ha publicado los libros de cuento *Los inmortales* (2000) y *Carroñera y otras ficciones perversas* (2007); la antología *El placer de la brevedad / Seis escritores de minificción y un dinosaurio sentado* (2005); los poemarios *Piel de recuerdo* (1990), *Burdelianas* (1994), *Rosa fragmentada* (1995) y *Sin el azul del día* (Premio CEAB, 2008). Con *Saga de los amantes* (inédito) obtuvo el Premio Nacional de Poesía Universidad Metropolitana de Barranquilla, y con *Estación nocturna* (inédito) el Premio Nacional de Poesía de Chiquinquirá. En el 2006 se diplomó en Creación Narrativa en el Taller de Escritores de la Universidad Central (TEUC). Incluido en la Antología Internacional de Cuento *La flor del día/Trofeos de la lectura* (Brasca/Chitarroni, Buenos Aires 2007), en la *Segunda Antología de Cuento Corto Colombiano* (Kremer/Bustamante, Bogotá 2007), y en *Comitivas invisibles - Cuentos de fantasmas* (Brasca, Buenos Aires 2008). Del 2004 al 2007 dirigió el *Taller de Creación Literaria* de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia (UPTC). Actualmente dirige el *Taller de Narrativa R.H. Moreno Durán* y el *Taller de Cuento Ciudad de Bogotá*, ambos adscritos a la Red Nacional de Talleres de Escritura Creativa – RENATA, del Ministerio de Cultura.

Obra suya puede leerse en: <http://castilloq.blogspot.com/>

una promesa

Y si por un río secreto
navegan desnudos los muertos
y un barquero ciego los guía
y, como corresponde,
se queda con el cobre prensado
que los deudos ponen en los ojos
de aquellos navegantes. A ese río, y
a ese barquero
habré de enviar
el agua taciturna que amanece
en mi rostro *–la carroña–*
el canto maldito que insiste
y, si es necesario,
me abriré una ventana en el pecho
para que salga
 lo que de sombra quede
 lo que te dañe
 lo que no te guste
la piel usada,
el corazón y la palabra herida
habré de condenar
al fúnebre destierro
con una bolsa de monedas
de oro puro que gratifique
el triste adiós
que desteje ese río
y la incesante noche del ciego.

LA CIUDAD

*Un Amor desesperado y un lindo
Crimen lloriquean en el barro de la calle.*

Arthur Rimbaud

Hay más frío en mi habitación
que en los ojos de quienes aguardan en los umbrales.
Sé que el lecho conserva otra memoria.
Sé que hace años, en esta calle, a esta hora alguien
tocaba una dulzaina.
Sé que tu piel es un privilegio

¿Te has ido? Sin ti no hay alegría.

El parque del barrio mintió tu perfume
en la tarde hizo algarabía y se
 hincó
para que los niños subieran en su espalda,
pero el agua de la fuente no reflejó tu rostro.

La ciudad sabe que no estás...

Las calles hacen sonar sus espuelas: su resonancia
marca la extensión del océano
y me mide,
juego a que no escucho, a que no la veo
(pero tú sabes que no juego)
y me mide.

Las palomas durante todo el día y
durante toda la noche
comen y defecan
y duermen
y sueñan que
comen y defecan
durante todo el día y
durante toda la noche las palomas
en la cúpula de la Catedral y
en los aleros y
en los tejados de las casas del centro.

Hay uno que odia las palomas
y las enamora con papeles trenzados.

Hay un tren que pasa seis veces en la noche, y
que tú conoces.

Sé que el olor del fuego te desvela
el comercio íntimo del acero sobre el acero.

(Los rieles son un anillo que luce –asediada por un puñal
de huellas y de frío–
la vanidosa de epidermis asfáltica).

Sé que preferirías que el anillo fuera de plata.

¿Qué has ido a buscar? La ciudad es una niña procaz...

Hay una calle habitada por una hiena
que luce una estopa en la cabeza (en la quijada) y
se empeña en atormentar a las esquinas
con su tufo.

Hay una sirena que agoniza
en el lavamanos de un cuarto de hotel,

y canta una vieja tonada
que repite una promesa fundida en cinco hilos de
oro pútrido
que tus labios recuerdan.

Hay un bar que naufraga cada quince años y
una quinceañera
que permanece en la barra
y hombres de varias generaciones la aman
y no se molestan por el abanico en su rostro
ni por su anodino aire de geisha.
¿Qué se puede esperar de una ciudad
que permite el naufragio de sus bares?

¿Te has ido? Sin ti la ciudad no existe.

Había una Casa de Placer regentada por una muñequita
de cartón piedra,
y un farol de cristal holandés
y un nombre de siete cifras
olvidado bajo el calicanto.

Había una monja que delineaba laberintos
de brusca sangre en su espalda,
con un duende prendido a su ombligo
y un confesor.

Había una viuda con las piernas y
los senos intactos
como caballitos de mar
como siempre vivas
como escaleras tendidas a un cielo raso

que linda con las estrellas.
¿A dónde ha ido la ciudad,
y la Casa de Placer
que olvidó el patio sombrío en el
que una doncella duerme arrullada por los insectos,
y la monja
que gime esclavizada por un cirio, y
la viuda
que cada mañana recoge los cubitos de hielo
que brotan de su colchón? ¿A dónde?

¿Regresarás? A pesar de la bruma.

A pesar de que no llueve.

A pesar de que no hay luna,

por la rosa triste que mi mano ha escrito, y
por mi mano... ¿Vendrás?

La pérfida nieve se tragó mi habitación.

La ciudad se recoge, asustada,
huye de los diamantes crucificados en los ojos del poeta.

ARTES POÉTICAS



Roma, Foto José Zuleta

Dylan Thomas

(Swansea, Inglaterra, 1914-Nueva York, 1953)

(Versión de Elizabeth Azcona Cronwell)

En mi oficio o arte sombrío

En mi oficio o arte sombrío
Ejercido en la noche silenciosa Cuando
solo la luna se enfurece
Y los amantes yacen en el lecho
Con todas sus tristezas en los brazos,
Junto a la luz que canta yo trabajo No
por ambición ni por el pan
Ni por ostentación ni por el tráfico de encantos
En escenarios de marfil,
Sino por el mínimo salario
De sus más escondidos corazones.

No para el hombre altivo
Que se aparta de la luna colérica
Escribo yo estas páginas de efímeras espumas, Ni
para los muertos encumbrados
Entre sus salmos y ruseñores,
Sino para los amantes, para sus brazos
Que rodean las penas de los siglos,
Que no pagan con salarios ni elogios
Y no hacen caso alguno de mi oficio o mi arte.

Isidoro Blastein

(Concordia, Argentina, 1933-Buenos Aires, 2004)

El poeta llega tarde a todas partes. Sin embargo, hay una hora extraña en que el poeta llega antes que nadie. Es una hora peligrosa de la tarde. Peligrosa y amenazante. El color de esa hora es el color de los domingos a la tarde, precisamente a las seis de la tarde. Yo creo que a esa hora la humanidad agacha la cabeza. Entonces uno siente que el miedo se le va acercando, lo va cercando, de a poco, en círculos cada vez más chicos, más unánimes. Entonces surge el poeta, viene a la memoria. Todo lo que todos los poetas han ido escribiendo desde el centro del dolor, desde el delicado equilibrio de la locura. Todo va a estar ahí cuando el sol ya no está, cuando hay un solo ojo que nos mira y pasa la sombra del bisonte rápidamente a nuestro lado por la pared rota de una gruta oscura. Entonces todo ser humano desde el necio al soberbio va a recordar al suicida que escribió *y vendrá la muerte y tendrá tus ojos*; al fusilado que dijo *no le tapen la cara con pañuelos / para que se acostumbre a la muerte que lleva*; y al negado que una vez dijo *con el número dos nace la pena*. Para eso sirve un poeta.

Acerca de “cerrado por melancolía”

A lo mejor escribir no sea más que una de las formas de organizar la locura. Este libro no es más que una forma de organización o entendimiento (para el caso es lo mismo) de mi historia personal. Creo que si pudiera escribir cinco cuentos perfectos mi vida estaría justificada. ¿Qué es un cuento perfecto? Un cuento que permanece, sobrepasa el resentimiento y la lucidez; toca el corazón de la gente. Es decir, le puede gustar tanto a Barthés como a los muchachos de San Juan y Boedo. De ese entendimiento, de esa melancolía (para el caso es lo mismo), nació este libro. Pero sólo el tiempo con sus mudanzas dirá si permanece. De cualquier forma quien abra este libro se encontrará con que está dedicado a mi analista. Quizás, como el loco aquel, yo también podré escribir: “No me cure la locura, doctor, es lo único que tengo”.

Ulises Varsovia

(Valparaíso, Chile, 1949)

PARTO

Ahora un último esfuerzo, creador,
un último impulso de tu numen,
a que aparezcan los sonidos
sobre la vacía partitura.
Lejos sumido en ti mismo estás,
en el despeñadero de tu psiquis:
nada más que vacío a tu alrededor,
nada más que el ser en su desnudez,
despojados de todo lo terrestre.
Ahora el brío de tus cuerdas tensas,
ahora el desnudo de tus habitantes,
ahora la ruptura de tu ser total.
A que aparezcan desde el exilio,
desde el turbio reino de tu otredad,
los rasgos puros de un ser inédito, tu
hijo legítimo, tu creación.

Rafael Cadenas

(Barquisimeto, Lara, 1930)

ARS POÉTICA

Que cada palabra lleve lo que dice.

Que sea como el temblor que la sostiene.

Que se mantenga como un latido.

No he de proferir adornada falsedad ni poner tinta

dudosa ni añadir

brillos a lo que es.

Esto me obliga a oírme. Pero estamos aquí para decir

verdad. Seamos reales.

Quiero exactitudes aterradoras.

Tiemblo cuando creo que me falsifico. Debo llevar en

peso mis palabras. Me poseen tanto como yo a ellas. Si

no veo bien, dime tú, tú que me conoces, mi mentira,

señálame la impostura, restriégame la estafa. Te lo

agradeceré, en serio.

Enloquezco por corresponderme.

Sé mi ojo, espérame en la noche y divísame, escrútame,

sacúdeme.

Esperando tus ojos

Relato

Por José Zuleta

Soy padre soltero. Los sábados llevo a mi hija de doce años a clases de canto al Teatro Municipal. Un sábado vimos a una niña nueva de aspecto tímido. Venía con ella una mujer altiva, con la extraña elegancia de las mujeres que son hermosas pero no quieren que se note. Pasó delante de mí y pude sentir la fragancia de su cuerpo recién bañado. Dejó a la niña y se marchó con una rapidez misteriosa. Pregunté al profesor de mi hija por la mujer.

—Es una de las siete —dijo.

—¿Una de las siete?

—Sí, de la junta que dirige el teatro.

—Entiendo —asentí, dando por satisfecha mi curiosidad.

Al final del curso los alumnos realizan una presentación. Las tres últimas clases son ensayos preparatorios para la función de gala y clausura.

A los padres se nos permite observar los ensayos desde los palcos. El último día, fui a ver y oír los progresos de la presentación. Cantaron canciones de

Horacio Guaraní. Al final del ensayo alguien entró al palco y se sentó detrás de mi silla. Sentí el aroma de mujer recién bañada, me volví y pude ver su silueta en la oscuridad. La música retrocedió, se hizo casi inaudible, su presencia me aturdió de tal forma que sentí perder el aire. La música regresó: "...con la brújula herida navegando...". Se encendieron las luces, nos levantamos, ella se quedó mirando hacia el escenario y preguntó:

—¿Cuál es su hija?

—La morenita de la primera fila —respondí.

—Es hermosa. —Me extendió la mano—: Clara Cucalón —dijo presentándose. Era una mano fina; sus largos dedos no traían sortija ni anillos.

La luz comenzó a hacerse cada vez más intensa. Miré al escenario para ver a mi hija y cuando me levanté para salir, Clara se había esfumado.

El día de la función de clausura llegué temprano y me senté en el mismo pal-

co. Todo estaba dispuesto: caminos de orquídeas decoraban el escenario. El interior del teatro parecía un globo de luces, una burbuja de belleza frágil y distante, un recinto sagrado construido sólo para el placer y el estremecimiento. Sonó el tercer timbre y la luz de las lámparas se fue apagando hasta una cálida penumbra. Miré hacia los otros palcos y no la vi. La función comenzó. El primer grupo en escena era de danza contemporánea. Bailaron *Taconeando*, del compositor argentino Oswaldo Berlingueri, una obra fresca y sensual. Terminada la danza hubo un intermedio. Salí al pasillo. En el último llamado llegó, envuelta en alegres tonos lilas. Su piel hacía recordar los duraznos al sol. La premura no le permitió saludar. Entramos al palco. Un silencio solemne aguardaba. El gran telón comenzó a abrirse y surgió de la oscuridad un magnífico piano de cola que dejaba ver los cordajes y el bronce encendido de su arpa desnuda. Entraron al escenario un hombre alto y pulcro, y otros músicos jóvenes: dos violines, una flauta travesa, un chelo y la viola de gamba. Después de una breve reverencia entró el coro.

Nuestras hijas tomaron su lugar y la música ascendió por el espacio.

La libertad y el espíritu gozoso de los temas me inocularon un raro placer; me sentí dispuesto a todo. El concierto terminó y cuando salíamos le dije que deseaba invitarla a tomar algo. Ella, dulce y segura, dijo que no, que debía llevar a su hija y regresar para la reunión de la junta directiva. Nos despedimos y me quedé deambulando por el lugar. Entré al salón de los desnudos. Es un ala lateral del teatro donde el público de palcos descansa y tertulia durante los intermedios o antes de las funciones. Allí están las pinturas del artista Efraim Martínez. En los lienzos, mujeres desnudas descansan tomando el sol a la orilla de un río. En una de las pinturas un joven negro, también desnudo, las acompaña. Pensé que el artista aludía al carácter de la región, al permisivo placer que gobierna la sangre de los pobladores de este valle. Estaba distraído cuando llegó mi hija con una amiguita del coro a decirme que las habían invitado a dormir a la casa de otra compañera. Los niños de hoy no piden permiso, solo informan. Me abrazó y se fueron corriendo hacia los camerinos.

Seguí deambulando. Sobre una baranda encontré una guía del teatro; en ella leí que la construcción de estilo republicano fue inaugurada en 1927. Y que los cortinajes y artesones fueron comprados a la casa Lefol de París, el telón de boca fue confeccionado por Alessandrini en Roma, y las sillas de los palcos las trajeron en vapor desde Viena. El plafón central que decora el cielo del teatro es una obra del artista italiano Francisco Ramelli. “Tanto esplendor para esta ciudad de zootecnistas”, pensé.

Luego, en el gran salón de los pianos, pude ver otros óleos del pintor: el tema era el arte como una forma de la desnudez. Quizás el secreto del arte sea la desnudez y sólo quienes se despojan pueden dejar que el arte los vea y los toque. Seguí contemplando por largo rato las pinturas y disfrutando su belleza. Sentí que la belleza entristece; en un primer momento su poder nos eleva, ascendemos con ella, llegamos al lugar de su esplendor, lo aspiramos y algo ocurre en nuestro centro. Pero no podemos asirla, la belleza se desvanece y luego sobreviene un silencio, una desolación...

No recuerdo cuánto tiempo había vagado por el teatro. En algún momento escuché voces que venían de un recinto al fondo del salón de los pianos. Me acerqué y del interior surgía una voz amplificadas por un parlante; miré por una ventana y las vi; eran siete mujeres reunidas escuchando en actitud casi reverencial una grabación. Alcancé a oír una voz masculina que en tono trascendental hablaba sobre “la utopía posible de una sociedad de artistas”.

Las siete eran hermosas. La dama de los tonos lilas estaba profundamente concentrada en las palabras que salían de la grabadora. Temí ser sorprendido y me deslicé en silencio hacia la puerta del teatro. Estaba cerrada. Busqué al portero, pero no lo encontré.

Bajé por unos pasadizos estrechos, buscándolo, y nada. Llegué a los sótanos, donde guardan objetos de escenografías: disfraces para la ópera, tabiques y puertas, falsas paredes con falsos balcones. El caos del lugar y la absurda geometría de esos decorados me marearon. Cerré los ojos para serenarme y escuché la risa alocada de muchas mujeres: siete

mujeres ya son demasiadas, y cuando ríen son una multitud.

Estaba debajo de ellas, el piso de madera dejaba ver entre las juntas pequeñas líneas, como se ve a través de una persiana entrecerrada. Subido en una mesa, con la nariz pegada al entrepiso y los ojos escrutando en el estrecho campo visual que permitían las juntas de la madera, las vi de abajo arriba; primero, los dedos de los pies sosteniendo sandalias, los tobillos como trompitos rosados, y los pequeños talones como proas diminutas. Y al fondo, en tercer plano, los cuellos, sus cabellos y sus rostros.

Parecían dichosas. Yo no atinaba a comprender la razón de tanta alegría.

—Por el artista que traerás al mundo —dijo una.

—Por que esta sea una sociedad distinta —dijo otra.

La mujer de tonos lilas se abrazó con la felicitada y le dijo:

—Que sea música, como mi hija.

En ese momento estornudé y un silencio desconcertado invadió el recinto. Me tiré de la mesa y corrí hacia el frente del teatro buscando la salida.

El portero me abrió, sorprendido de que aún estuviera adentro.

—Me entretuve mirando los cuadros —expliqué, y salí a la calle.

En agosto empezaban las matrículas. El día de las inscripciones, cuando salía de pagar, volví a verla. El viento tableteaba en el velamen de su falda y parecía impulsarla como a una barca velera. Me miró, sonrió fugazmente y desapareció en la penumbra del teatro.

Llevé a mi hija a la primera clase; la dejé con el profesor. Volví a mirar los lienzos de Efrain Martínez; entré al salón de los pianos. Al fondo del silencio escuché la risa de las mujeres. Me dirigí al lugar y quedé otra vez bajo los pies de las siete. De la grabadora salía la misma lenta voz hipnótica: *“El psicoanálisis, como herramienta de interpretación de los actos humanos, está siendo rebatido por las teorías de la etología, en las que algunos científicos demuestran que casi todo lo que somos y lo que hacemos es determinado por la herencia, por la información genética, por lo intraespecífico, por el instinto, que no es otra cosa que lo animal que hay en los humanos”.*

Según entendí los etólogos acababan de descubrir que no somos más que otra especie de mamíferos.

Cuando terminó la grabación se pusieron a comentar lo que había dicho el hombre de la voz trascendental.

—Las familias que han gobernado la ciudad son las mismas desde hace doscientos años. Se casan entre sí, muchas veces entre primos hermanos para que las tierras y la riqueza queden en casa. Necesitamos nuevas semillas, semillas de arte y de pensamiento.

No entendí mucho. Se hacía tarde. Recogí a mi hija entre confundido y agradado por mis pesquisas.

Al sábado siguiente fui a las librerías de viejo a curiosear y a hacer un poco de tiempo mientras llegaba la hora de recoger a mi pequeña cantante. En el segundo piso de la Librería Atenas encontré un libro: *Hombre y animal*. Una selección de ensayos de varios autores: Lorenz, Tinbergen, Von Frisch, entre otros. En una de sus páginas leí: *“Por debajo de los diversos tipos de conducta subyacen las pautas invariables que se heredan. Esos rasgos de conducta constituyen una característica de la especie,*

lo mismo que ocurre con la estructura y la forma del cuerpo”.

Compré el libro. Regresé al teatro. Clara Cucalón estaba en cuclillas conversando con las niñas. Su falda casi tocaba el suelo. Pensé en las baldosas frías que había bajo la pequeña carpa que formaba la falda, y en el paisaje que podría ofrecer ese ángulo visual. Una ráfaga me encendió. Siguieron hablando hasta que ella se irguió.

—Quería invitarlos al zoológico —dijo, sonriendo con gracia serena.

Mi hija y su amiga me miraban esperando el lógico e inaplazable sí.

—Bueno, sí, me parece bien —dije, nervioso y excitado.

La camioneta tenía el aroma a plástico de los carros nuevos. Era marca Volvo, de color azul petróleo. Clara se fue adelante al lado del chofer, un hombre ya mayor de una humildad distinguida. Las niñas y yo nos hicimos atrás.

Subimos por el costado del río bajo la sombra de grandes árboles. El río fresco y rumoroso pareció meterse al carro cuando Clara bajó el cristal de la ventanilla. Un pájaro barranquero hacía pendular su larga cola verde-azul en la

rama de un chiminango, un hombre de sombrero de palma pescaba sabaletas con una vara de bambú.

El chofer nos dejó en la puerta. Las niñas se adelantaron y nosotros las seguimos mientras conversábamos.

Entre el estruendo tricolor de las guacamayas me preguntó qué hacía.

—Trabajo en publicidad y escribo cuentos y poemas.

Creo que sólo oyó la parte de los poemas. Se detuvo a mirarme y me brindó una sonrisa luminosa.

—¿Eres un artista...?

—No sé —respondí.

—¿Qué es para ti un artista? —preguntó.

—Lo contrario de un político —dije creyendo que le parecería ingeniosa mi ocurrencia.

—No pareces un artista, no te tomas en serio.

—Creo que un artista es alguien que quiere ser mejor que sí mismo —respondí, tratando de reivindicarme.

Entramos a la penumbra del acuario, ese mundo de luz líquida y burbujas ascendentes. Nos detuvimos ante los caballitos de mar. Miraba maravillado a

los hipocampos dar saltos incomprensibles y veía sus colas moverse como una espiral retráctil.

—¿Qué has escrito? —preguntó.

—Cinco libros —respondí.

—Me gustaría leerlos.

Uno de los caballitos se prendió con su cola de una ramita de coral. Parecía descansar.

—Te daré uno en cuanto pueda.

—¿Cómo puede tener tanto veneno esa criatura tan pequeña? —dijo, mirando una diminuta rana anaranjada.

En el rótulo de la urna de vidrio decía que era “la más venenosa del mundo”, y que “tres centímetros cúbicos de su veneno podrían paralizar a todos los habitantes de una ciudad”.

—Los colores vistosos advierten a los predadores para que no se las coman —explicó.

—La naturaleza es sabia, lo que ocurre es que no sabemos leerla —dije, riendo, mientras miraba su blusa roja.

Me miró y sus ojos reían. Las niñas nos llamaron para que entráramos al Mariposario. La puerta tiene un mecanismo que activa un potente ventilador cuando se abre, y desciende del dintel una cortina de aire que despeluca

a todos los visitantes.

—Es para que no se salgan las mariposas—dijo, arreglándose el cabello. Adentro, el sendero estrecho es un laberinto de plantas y flores donde todo queda en primer plano. La Morfis, la Monarca, la 89, la Siproeta Stelines..., se desplazaban con sus lentos y arrítmicos aleteos. Una se posó sobre el hombro de Clara. Ella sopló para espantarla pero la mariposa no se iba de su piel.

—No hay nada más coqueto que una mariposa —comentó.

—Tal vez una Cucalón —dije yo, y estalló en una risa desenfrenada y convulsa que terminó en la expresión infantil:

—Tan bobo.

Cuando íbamos a salir, la mariposa aún no se desprendía de su hombro desnudo, y si no es por el ventarrón de la puerta, se habría ido con nosotros.

Comimos en el restaurante que está en la mitad del recorrido. Grandes tostadas de plátano verde, como medallas olímpicas, que sabían a gloria. El aguacate dócil y fácil en un punto casi de untar, la cucharita entraba con facilidad resbalosa, las postas de Sierra

y el arroz encocado a la manera “pacífica” —cocido en la leche del coco—. Al final, de sobremesa, trozos de fruta nadando en el zumo de naranja del salpicón; una jugosa policromía de placeres reunidos.

Salimos del zoológico a la hora en que la luz es bronce encendido, como la que emergía desde el arpa del piano el día del concierto. Se lo hice notar y asintió sorprendida.

Cuando nos dejaron en la casa, aproveché para darle uno de mis libros. Le escribí: “Para Clara, estos cuentos que esperan sus ojos”.

Me dio un beso incómodo sacando la cabeza por la ventanilla y riendo satisfecha.

—Lo leeré esta noche —dijo, mientras el chofer ponía en marcha la camioneta. Una tarde encontré una nota bajo la puerta: “Tus cuentos ya alcanzaron mis ojos. Llámame, Clara Cucalón”.

Nos citamos en El Obelisco.

Cuando la vi, parecía dispuesta como una fruta madura al final del verano. Llevaba un vestido del color de la carne de la sandía, ceñido y abierto en la espalda hasta los hoyuelos que preceden las nalgas. Tenía el pelo cogido con un par de

palitos de los que usan para comer los japoneses.

Pedimos dos jugos de mandarina.

—¿Qué color es el “color té claro”?

—preguntó, aludiendo a uno de mis cuentos.

—¿Has visto un Coker?

—Sí, pero hay de varios colores —respondió.

—Pues uno de ellos es color “té claro”.

Hablamos de los cuentos, estaba impresionada por tres o cuatro de ellos.

Luego habló de una invitación:

—Vamos a tomar té —propuso, riendo, con cierta travesura en su mirada.

Fuimos al parqueadero. Esta vez el chofer no estaba. Ella manejó. Subimos al barrio Arboleda, entramos a una calle larga y al final nos detuvimos frente a un garaje. Oprimió un botón y la puerta se abrió.

La ciudad se encendía y el viento hacía mecer las luces como una reverberación.

—Parece una ciudad ebria —dije.

—Eso es. Parte de su gracia y de su desgracia es que es una ciudad ebria

—sentenció.

El salón tenía sofás de cuero color aceituna y algunas de las alfombras eran réplicas de los tapices de Calder. Lámparas de luz indirecta producían un ámbito como el que hay bajo las faldas de las mujeres.

Las paredes estaban llenas de libros y objetos preciosos. Sobre la mesa de centro, en un plato peruano, reposaba una esfera de ópalo azul, clara y misteriosa. Trajo una tetera y dos tazas. —Es un té muy especial. Le llamamos el té de los elegidos.

Miré el color y no era igual al del té corriente. Un púrpura diluido y humeante se posó en mi mano acompañado de una orden suave:

—Te entregarás a mi causa esta noche. Bebí y me dejé llevar por los caprichos de mi anfitriona. Algo parecido al amor venía en el té. Bajo su efecto se deshizo el traje de sandía y bebí en los hoyuelos de la espalda una droga exquisita. Su aliento lácteo despertó mis apetitos mamíferos. Sobre los colores del tapiz de Calder el cuerpo de Clara me condujo a su danza. Entré al vaivén de su barca velera, con un estruendo de guacamayas y a saltos de caballos de mar. Nos alcanzó una policromía de frutos y gozos

que desembocaron en un sueño sereno. Soñé que me extraían varios centímetros cúbicos de un veneno capaz de poblar una ciudad. Y que esa sustancia sería la ruina de la sociedad: millones de hombres y mujeres se dedicarían a leer y a mirar, a dormir, a pintar con letras sus propias fantasías. No habría quien hiciera nada útil: ni conductores, ni operarios, ni recolectores, ni vendedores, ni mucamas, ni

dependientes, ni electricistas, ni enfermeras, ni plomeros. Desaparecerían los millones de seres invisibles que hacen que todo funcione. Estarían sólo los hijos del veneno de mi ser, haciendo nada, gobernando una ciudad encallada al borde de unos farallones, cultivando jardines de tinta, tratando de cazar recuerdos para dar de comer al olvido.

CLAVE PARA NAVEGANTES

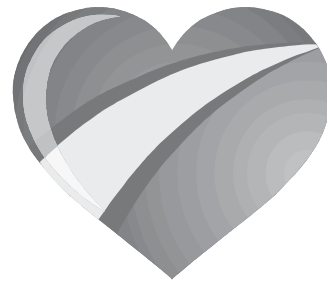
<http://www.dariana.com/Panorama.html>
<http://www.poesiaargentina.8k.com>
<http://palabrvirtual.com>
<http://www.verseria.com>
<http://www.casadepoesiasilva.com>
<http://www.diariodepoesia.com>
<http://www.arce.es>
<http://www.geocities.com/jupagg/poemas.html>
<http://members.tripod.com/~poesialat/poetas.html>
<http://www.revistadepoesiacleve.com>
<http://www.centropoetico.com>
<http://www.librodenotas.com/poeticas/archives.php>
<http://www.arquitrave.com/>
<http://www.letralia.com>
<http://www.temakel.com/links.htm>
<http://www.los-poetas.com>
<http://www.poesiasalvaje.com>
<http://www.portaldepoesia.com/>
<http://www.poesia-infantil.com/>
<http://www.festivaldepoesiademedellin.org/>
<http://users.ipfw.edu/jehle/poesia.htm>
<http://www.puestodecombate.com/>
<http://users.ipfw.edu/jehle/poesia.htm>
http://www.portaldepoesia.com/revistas_sitios.htm
<http://www.poesia.com/>
<http://www.eldigoras.com/eldyele/lite12revistaspoesia.html>
<http://www.lasombradelmembrillo.com/>

<http://www.colorpastel.blogspot.com/>
http://www.poesiaarabe.com/jorge_usta.htm
<http://dintev.univalle.edu.co/cvisaacs/> http://portal.uexternado.edu.co/irj/portal/anonymous?guest_user=deccult&NavigationTarget=navurl://d95772461798d87183669b8b73d66645 y
<http://picasaweb.google.com/ntcgra/UnLibroPorCentavosColeccionDePoesiaUniversidadExternado#> ,
<http://laseleccionesafectivascolombia.blogspot.com/>
<http://www.poesiabogota.org/> <http://peldanosdearena.blogspot.com/> <http://elpalabreo-usc.blogspot.com/>
<http://plenilunio-grupo-poiesis.blogspot.com/>
<http://revistalaurraka.blogspot.com/> <http://fdpv.blogspot.com/> http://colombia.poetryinternationalweb.org/piw/cms/cms_module/index.php?obj_id=16
<http://www.lunadelocosefestival.org/>
<http://ntcpoesia.blogspot.com/>
<http://ntc-libros-de-poesia.blogspot.com/>
<http://www.poetasdelmundo.com/> http://www.poetasdelmundo.com/paises_america.asp?IDPaíses=134)
<http://international.poetryinternationalweb.org/> http://colombia.poetryinternationalweb.org/piw/cms/cms_module/index.php?obj_id=16)

Esta publicación es posible gracias al apoyo de:



**ALCALDÍA DE
SANTIAGO DE CALI**
SECRETARÍA DE CULTURA
Y TURISMO



CALI, UN NUEVO LATIR

FUNDACION
FES
SOCIAL

Fundación Carvajal
Abriendo caminos a la equidad



RED DE BIBLIOTECAS
PÚBLICAS COMUNITARIAS DE CALI